

PLAN GENERAL DE ORGANIZACIÓN
DE LA ENSEÑANZA INDUSTRIAL

ENCOMENDADO POR EL GO-
BIERNO DE LA REPÚBLICA
ORIENTAL DEL URUGUAY AL
DOCTOR PEDRO FIGARI ==

Montevideo, 8 de Marzo de 1917.

MONTEVIDEO

IMPRENTA NACIONAL

1917



PLAN GENERAL DE ORGANIZACIÓN DE LA ENSEÑANZA INDUSTRIAL

ENCOMENDADO POR EL GO-
BIERNO DE LA REPÚBLICA
ORIENTAL DEL URUGUAY AL
DOCTOR PEDRO FIGARI

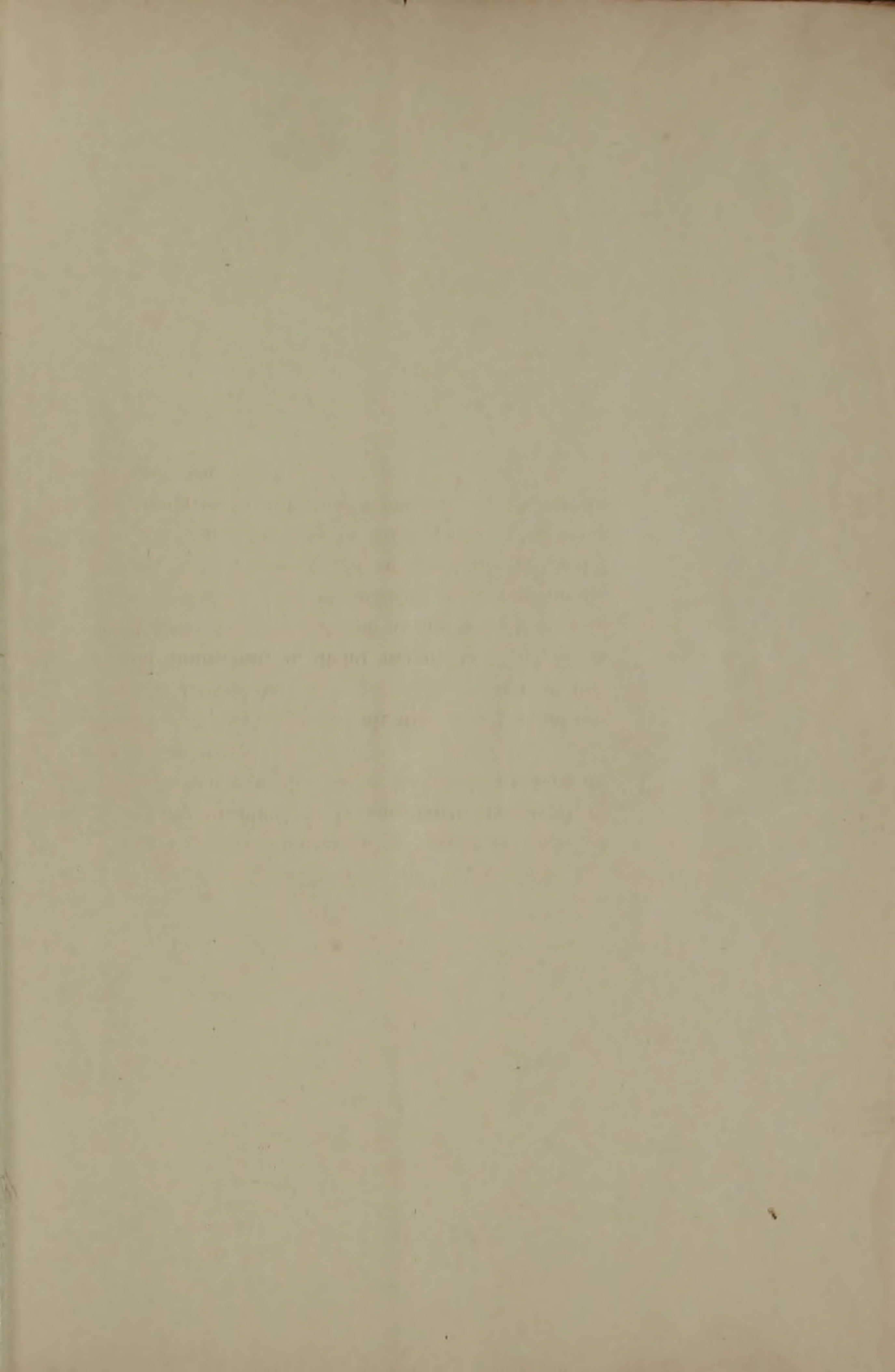
Montevideo, 8 de Marzo de 1917.

Jara Herrera

MONTEVIDEO

IMPRENTA NACIONAL

1917



PLAN DE ENSEÑANZA INDUSTRIAL

Excmo. señor:

Cumpliendo el encargo con que fui honrado por el Poder Ejecutivo, vengo a presentar a V. E. el plan de organización de la enseñanza industrial, el que, a mi ver, consulta mejor las peculiaridades de nuestro ambiente.

Comenzaré por exponer algunas ideas generales acerca de la orientación a que debe ceñirse la instrucción industrial, o, dicho mejor, la obra de la industrialización nacional, puesto que es «el fin» lo que se busca, y éste no puede ser racionalmente otro que el de conseguir, de un modo efectivo, y del mejor modo posible, que la inteligencia y las energías populares se apliquen a producir en el sentido más fructuoso.

PARTE PRIMERA

I

Mediante una educación apropiada, este pueblo puede producir como cualquier otro de la tierra.

Debemos tener gran confianza en las aptitudes de nuestra raza para trabajar. Su propia incuria, que parece ser una característica de estos pueblos sudamericanos, en lo que respecta al aprovechamiento de sus riquezas — incuria que se manifiesta en medio de una multitud de rasgos inequívocos de inteligencia vivaz — no es un signo de inferioridad étnica, ni es siquiera una modalidad congénita sino simplemente una consecuencia del hecho de no saber trabajar y de no saber vivir. Si a estos pueblos se les educa, pueden producir con igual intensidad que cualquier otro.

Ante todo, pues, hay que enseñar a trabajar. Todos los alumnos de todas las escuelas deben aprender a trabajar, a *trabajar prácticamente*. Hay que acostumbrar a la mentalidad, desde la infancia, a asociar el ingenio a la acción, y principalmente al fin productor, para evitar el riesgo de forjar simples elucubradores en un país que, como este, demanda más que nada hombres capaces de utilizar sus riquezas.

La instrucción a base de abstracciones es insuficiente, como toda unilateralización orgánica. Deforma, en vez de modelar al hombre integral, capaz de triunfar por su propio esfuerzo. No puede esperarse que sean útiles, positivamente, los elementos populares sometidos a un régimen escolar de puras gimnasias mentales, basado en generalidades cuya aplicabilidad a la vida real es difícil, cuando no de efectos perniciosos. Desde luego, para que estos espíritus acostumbrados a elucubrar puedan convertirse en productores eficaces, tienen que eliminar previamente la mayor parte de las sugerencias ideológicas embarazosas que recogieron en los claustros escolares, de puro lujo eruditivo. Por eso es que los más se aplican a vivir de empleos, de intervenciones o de expedientes, viviendo así a expensas del productor, a cambio de servicios muchas veces nominales simplemente, con detrimento de la prosperidad social.

Es cierto que en las escuelas, liceos y universidades se enseña matemáticas, física, química, mineralogía, botánica y otras ciencias naturales, pero no es menos cierto que se enseñan estas ramas con un propósito de diletantismo más bien, para llenar una curiosidad especulativa, que, si forma un barniz cultural, no prepara una cultura efectiva como lo sería un enseñamiento práctico, integral. Ese barniz, sin embargo, produce el espejismo del conocimiento, y los que poseen tal preparación, tan incompleta que sólo habilita para perorar, no pueden discurrir acerca de los problemas que plantea diariamente la realidad, la que se estructura de un modo mucho

más concreto. Con aquel arsenal de ciencia, literaria diríase, no se enciende una lamparilla, ni se talla una piedra, ni se repara un motor. Se cultivan así los elementos «auxiliares» sociales en grandes almacigas, excluyendo al productor ; al productor nada menos! y se forma una clase proletaria infeliz, y estéril a pesar de su brillo: el proletariado intelectual que pesa como una calamidad en ciertos países.

La regla natural de asociación es el trabajo; el trabajo efectivo, el trabajo productor. Todos los componentes sociales deben cooperar al mantenimiento del organismo global para que éste pueda prosperar, así como para que cada unidad individual se sienta con legítimo derecho a disfrutar de los bienes sociales, como coasociado efectivo, puesto que esto implica una carga correlativa. Todo lo demás es ficción.

Esa misma carga ⁽¹⁾ no es pesada; al contrario, es una fuerza, un estímulo y hasta un solaz, cuando se desempeña con probidad en el sentido vocacional. Si es una carga torturante el trabajo del esclavo, esto es, el que se realiza automáticamente, no lo es el que esgrime el ingenio, y es por esta senda que se prepara un ambiente social fecundo, y grato a la vez, puesto que florece entonces el sentimiento de solidaridad que eleva y vigoriza a las asociaciones. La escuela ideal es la que puede resumir, de un modo más amplio y eficaz, la vida real.

(1) Dicha carga representa «la cuota» de asociación: luego, es más bien la retribución de un servicio.

Sólo los elegidos, los que inequívocamente manifiestan aptitudes especiales para las altas culturas de la especulación mental, tan estimables dentro de los planos seriamente fundamentados cuanto lamentables en otros planos, podrían si acaso quedar eximidos de esta gimnasia manual, tan saludable sin embargo, y ellos mismos, quizá, tendrían que sentir esa deficiencia de su educación. Por lo demás, los más selectos intelectuales, precisamente, son los primeros en procurarse un trabajo físico como una necesidad y un solaz.

Al hablar de trabajo manual, no entiendo referirme a un trabajo mecánico de las manos, sino a un trabajo guiado por el ingenio, en forma discreta y variada, constantemente variada, que pueda determinar poco a poco un criterio productor artístico, vale decir, estético y práctico, cada vez más consciente, y, por lo propio, más hábil y más apto para evolucionar.

Sin perjuicio de las escuelas de especialización productora, todas las escuelas deben aplicarse a fomentar la producción en la forma más efectiva posible, de modo que acostumbre al alumno a trabajar *pensando* y a pensar *trabajando*. Esto conducirá a una constante experimentación, la que ha de ser de efectos preciosos para el país; y, por otra parte, este plan será también eficaz para hacer la selección vocacional, tan importante como es, al propio tiempo que prepara las facultades ejecutivas del alumno, entre ellas algunas que se supone no pueden ser convenientemente adiestradas fuera de los primeros años de la infancia.

Pero esta tarea, tan delicada cuanto trascendente, demanda grandes cuidados, y, sobre todo, que se atiendan principalmente las normas cardinales del enseñamiento industrial. Del mayor o menor acierto con que las fijemos, dependerá el que pueda prepararse una evolución lozana y ascendente en la actividad productora. conquista que no puede esperarse del simple cultivo de fórmulas de producción importadas, extrañas a nuestro ambiente y por lo mismo siempre vegetativas como son los exotismos, anémicas y deslucidas, las que fatalmente nos llevarían al fracaso. Al contrario, debemos empeñarnos resueltamente en el sentido de atender de la manera más consciente posible nuestras necesidades primordiales, mediante un juicioso aprovechamiento de las materias primas nacionales, en primer término, porque, de otro modo, las aptitudes latentes y las riquezas naturales pueden quedar indefinidamente relegadas como valores virtuales, sin efectividad ni provecho, desde que una aptitud que no se ejercita convenientemente es tan estéril como una riqueza que no se utiliza.

Al considerar este asunto no hay que olvidar que, a la vez, demanda un cuidado particular la instrucción industrial de la mujer, no sólo como medio de garantizar sus recursos de defensa en la lucha ordinaria, sino también para facilitar su emancipación económica: aspiración que no puede ser más legítima. Y se reclama esta medida sabia de previsión social porque es ella, en definitiva, la mujer, la que va a preparar más medularmente el alma productora nacional al encaminar a la prole por la senda

del trabajo, tarea que desempeñará tanto mejor cuanto más instruída se halle en esa vía, y cuanto mayores puedan ser sus optimismos.

II

El esfuerzo lo determinan las necesidades y las aspiraciones.

También hay que enseñar a vivir, a bien vivir mejor dicho. Sin este factor social, no hay aliciente para realizar un esfuerzo serio y perseverante, ni puede generarse una aspiración razonada de mejoramiento gradual: palanca que ha permitido hacer prodigios en la evolución de algunos pueblos. ⁽¹⁾

El amor a la vivienda no existe entre nosotros, a menudo ni en los propios centros urbanos. En la campaña no hay vivienda, puede decirse. Los pobladores, en gran parte viven todavía en chozas inhabitables, cuando no errantes a veces, como « agregados », ociosos, jugadores, ebrios, vagabundos, que confían su suerte al recurso circunstancial y a la

(1) Como lo indujimos nosotros, al observar nuestro ambiente para explicarnos su pasividad productora, la condición *social* del obrero es un elemento que debe atenderse para mejorar la producción. Bien, pues: esto que resulta ser una de las « enseñanzas de la guerra » según lo afirma el discurso del ilustre estadista inglés Lloyd George, de 5 de Febrero de 1916 lo propusimos en nuestro memorándum de 1915.

Dice Lloyd George: « Me imagino que ninguno de nosotros comprende todavía los cambios que la guerra ha de introducir en la vida industrial de nuestro país. Ahora sólo pretendo indicaros uno de ellos, muy importante por cierto. Me refiero a esa gran verdad, a esa profunda verdad que la guerra nos ha demostrado: *la de que el bienestar social del obrero es la condición esencial para que el trabajo sea realmente productor.* »

aventura, antes que a un trabajo metódico y remunerador. Este género de vida los hace insociables, quitándoles las aptitudes requeridas para convivir honorable y proficuamente, y libra la suerte de la mujer a todos los sinsabores y perjuicios del abandono y de la vida anormal.

Se comprende que a necesidades y aspiraciones tan reducidas, deba corresponder un esfuerzo mínimo. Entretanto, frente a esta realidad tan significativa, seguimos vertiendo puros teoricismos cuando no conocimientos de lujo y afectación en universidades, liceos y escuelas, y no hemos hecho por lo común más que lamentar platónicamente tal contratiempo, dejándolo librado a su suerte.

Los medios empleados para incitar a la actividad rural, casi todos trasplantados de cuajo, han sido de una inanidad casi completa. No se ha acudido todavía a un examen atento del ambiente, para decidir un tratamiento científico, el único que puede producir los efectos que se anhelan.

Es erróneo considerar posible la prosperidad de las propias industrias pastoriles, en un medio donde no se sabe vivir ni se sabe trabajar. Esto es desconocer los efectos de la presión continua y dominante del ambiente sobre cualquier orden de actividades, tanto más dominante cuanto menor sea el grado consciente de la actividad productora. Es como considerar posible el desarrollo fabril de una región cualquiera, sólo porque hay en ella materia prima a elaborar, aunque no haya brazos hábiles ni aptitudes y hábitos de trabajo ordenado.

Hasta para preparar el florecimiento de estas gran-

des industrias matrices, pues, es preciso procurar hábitos de trabajo metódico, y elevar las condiciones sociales del productor. Es preciso, ante todo, cultivar lo más científica y sesudamente que sea posible el alma productora nacional, desde la base, si se la quiere encaminar directa y eficazmente a los mayores provechos y a los más altos honores.

Felizmente, hay ahora el propósito gubernamental de industrializar al país, y si esto se realiza de un modo criterioso y decidido, puede operarse un cambio no sólo apreciable sino rápido, que eleve año tras año el promedio de elementos aptos para producir riqueza, promedio que, hoy por hoy, en el pasivismo productor general, principalmente debido al desamparo en que viven los pobladores rurales, resulta bajísimo.

III

Al ensayar las vías productoras en su multiplicidad, se descubrirán los cauces más seguros de la prosperidad industrial.

Hay que comenzar por la iniciación de una multiplicidad de prácticas productoras, a fin de que puedan utilizarse muchas riquezas naturales, abandonadas. Para ir más pronto y más seguros a la consecución de esta finalidad, hay que empezar por las formas simples, encaminándolas, no obstante, de modo que permita esperar todo progreso posible.

Esto tendrá el doble efecto de cimentar racional y sólidamente las formas industriales del país, y de facilitar la expansión de todos los optimismos que caben en esta vía amplísima y promisoras como es, siempre que el ensayo y la preparación precedan a los altos cultivos, los que pueden resultar puros mirajes si se realizan sin tanteos previos, tanto desde el punto de vista de los recursos de la producción cuanto del de las exigencias del consumo.

Si entre nosotros reina en este orden de actividades, un espíritu tan poco optimista, cuando no pesimista, es porque se ha procedido empíricamente, por imitación, esto es, en un sentido contrario por completo al que más conviene a estos países.

Organizando en vez, al articular y ordenar científicamente los diversos elementos de la cultura social y económica, llegaríamos a ajustar todos los servicios a una finalidad razonada, y marcharíamos sin tropiezos hacia el bienestar que nos brindan estas tierras vírgenes tan ricas, donde no debiera haber un solo pobre.

Es verdad que la campaña, a pesar de todo, ha sido y es el órgano esencialmente productor, y, como tal, el que sustenta la economía nacional; pero no es menos cierto que, por ser así, por eso mismo, requiere que se la cuide con máxima atención. No es hábil, ni equitativo siquiera, pretender de la campaña todo lo que demanda la onerosa sustentación del organismo nacional, fuera de lo que insume el desenvolvimiento impaciente de la metrópoli, y fuera de todo lo demás, sin darle, por lo menos, los recursos requeridos para que pueda ampliar e inten-

sificar y mejorar sus formas productoras. Es lo menos que puede darse. Es lo menos que debe dársele con inteligencia, puesto que, de otro modo, se tendrán que palpar, cada vez más, los inconvenientes y contratiempos que genera todo desequilibrio entre la producción y el consumo. Hasta para que se ofrezca como un «organismo» la entidad nacional, es preciso que se manifieste una mayor solidaridad entre aquel factor fundamental, insustituible, dedicado a producir, y el que dirige y administra, puesto que toda organización presupone orden y equilibrio. El propio aumento de población, por si solo, demanda necesariamente la intensificación y la diversificación de las formas productoras.

Regatear recursos e iniciativas en este sentido, es no sólo inhábil sino injusto, por no decir estólido e inicuo.

Pero lo dicho no presupone que debemos reaccionar por medios aparatosos. No es apurando que hemos de llegar antes ni mejor a un resultado serio. Las formas simples y extensivas, son las que han de preparar un más vigoroso espíritu productor multiforme. De este modo, no es temible el fracaso; al contrario, no puede dudarse de que surgiría robusto y avisor el esfuerzo industrial en todo el país. Difundiendo lo más posible los métodos más fáciles y más prácticos de producción, sobre lo cual se ha de preparar una experimentación siempre prudente y provechosa, el propio productor, alentado por los resultados, tenderá a intensificar y a mejorar sus formas de acción, y así se ofrecerán todas las ampliaciones y mejoramientos deseables. Es precisa-

mente esa experimentación, la que ha de ampararnos contra los resultados inesperados y desconcertantes que se han palpado más de una vez, en otras vías.

El esfuerzo que patrióticamente ha decidido realizar el Poder Ejecutivo en este orden de ideas, demanda un gran acierto y una gran decisión en los medios, para que puedan palpase resultados halagadores, dentro de un tiempo más breve quizá del que es dado suponer.

IV

Ahorrar sobre los gastos reproductivos es empobrecerse.

Es cierto que este propósito, tan sabio y previsor, parece peligrar, por lo menos en cuanto a la amplitud de su desarrollo, a causa de la crisis actual; pero en los tiempos que corren, no es ya ser prácticos el ser simplemente ahorrativos.

No se trata en este caso, como ocurre a menudo, de invertir recursos en obras improductivas, sino, al contrario, de emplearlos en una obra esencialmente reproductiva, de inmediato reproductiva y de efectos económicos, sociales y morales todos estimables y progresivos. Se trata de aumentar la riqueza pública, de elevar la cultura nacional y de crear una serie de perspectivas felices, justamente en un momento en que, por causa de la guerra europea, hemos podido valorar mejor que nunca el precio de la

capacidad industrial de un país, y sería superficial suponer que pueda abandonarse o simplemente menguarse una obra tan fecunda y bienhechora, a nombre de economías, las que siempre serían a deplorarse por mal entendidas.

Ningún momento es más oportuno que este para acometer una empresa tan eminentemente nacional, empresa que el ilustrado estadista argentino, doctor Osvaldo Magnasco, consideraba como la obra política más grande que pueda llevarse a cabo en favor de un país. ⁽¹⁾

Si hay no sólo ahora sino siempre que escatimar gastos en el orden fastuoso, o simplemente improductivo, sería torpe y contraproducente hacerlo cuando se trata de crear riqueza y de elevar el nivel de nuestra propia civilización. El propósito antedicho de industrializar al país significa valorizar, de un modo directo y ascendente, nuestras materias primas, y aprovechar de nuestros recursos y aptitudes naturales lo más y lo mejor posible, y ésto es algo que para los más prácticos, y hasta para los más timoratos, debe resultarles siempre auspicioso, y de gran previsión, a poco que se detengan a considerarlo.

El estado presente de nuestra cultura industrial, no puede ser más lamentable. Se diría que vivimos en pleno derroche, en derroche multimillonario cual es el que presupone el abandono de tanta riqueza natural como es la que se abandona, por incuria o impericia, naturalmente, y esto sin contar lo que

(1) Carta que me dirigió el doctor Osvaldo Magnasco en ocasión de la lectura de mi plan de reforma, publicada en la prensa de esta Capital, (1915).

se emplea en obras de simple comodidad urbana, cuando no de puro boato, que serían de difícil justificación aquí donde hay tantas necesidades premiosas, si a la vez no se decidiera, por lo menos, una acción enérgica para darles satisfacción.

Las mismas materias primas que se aprovechan lanas, cueros, astas, huesos, pieles, ágatas, amatistas, etc., por lo común se exportan, simplemente, (a veces en condiciones lamentables ⁽¹⁾) y a menudo vuelven manufacturadas para satisfacer nuestras propias necesidades, después de haber pagado fletes de ida y de retorno, derechos de importación en los mercados donde van a elaborarse, y aquí, de regreso, cuando ya vienen elaboradas, dejando los salarios de manufacturación en el extranjero y gastos de intervención múltiples. Todo esto supone sumas enormes, diríase una verdadera dilapidación de riqueza, y, a la vez, representa para el país la ausencia de un factor de educación y de progreso. Por otra parte, es una forma típica de encarecimiento y de empobrecimiento, fuera de que, considerado ésto desde otro punto de vista, resulta hasta desdoroso para el concepto de nuestra cultura. Más valdría aplicarnos a utilizar juiciosamente nuestras riquezas naturales para llenar nuestras necesidades, por lo menos, esperando a que un día pudiésemos ser exportadores de los sobrantes elaborados, a cambio de otros artículos de que carecemos.

(1) Sólo por el hecho de exportarse no lavadas las lanas, por esta sola omisión, según me lo afirmaba un alto funcionario muy competente en estas materias, pierde el país más de un millón de pesos, anualmente. Imagínese la importancia que tiene el propósito de enseñar a trabajar y a producir prácticamente.

Estamos muy lejos, pues, de realizar economías al retacear recursos relativamente pequeños, como son los que demandaría una educación industrial razonada, por difundida que sea, cuando vivimos, de hecho, dentro de un régimen tan inconsulto que desdeña riquezas cuantiosas que están al alcance de la mano, y mantiene los brazos en una inacción desalentadora.

V

Sin una conciencia productora propia, no es dable esperar el éxito.

Entre nosotros no hay criterio artístico ni estético propios. Atraída por otras orientaciones del espíritu, la mentalidad nacional no ha podido plasmar, ni entre los elegidos, un criterio fundado a ese respecto. Esto se ve más fácilmente en lo que se refiere a las artes plásticas. Es así que todavía pueden prosperar, en tales dominios tan interesantes y más fundamentales de lo que parecen, opiniones abigarradas hasta en los planos donde se cultivan los frutos más preciados de la erudición sorprendente. En estos dominios que si bien son complejos, y por lo mismo difíciles de abarcar, no son por eso los de la arbitrariedad, cada cual piensa estar guiado suficientemente por su gusto personal, aunque no lo haya cultivado de ningún modo, sin advertir que siempre hay algo más científico y juicioso que ese resorte

individual, tanto menos seguro cuanto más esté librado, dentro de una órbita virgen como es la nuestra, a las culturas de importación. En las universidades y escuelas se teoriza, lo cual no basta para formar un juicio serio productor, ni un espíritu crítico razonado sobre estas materias. Lo propio que importamos es a menudo para los centros productores, un recurso que les permite liquidar su « camelote », de un modo envidiable. En Europa fabrican especialmente objetos de relumbrón, cuando no churriguerescos, para mejor mantener su intercambio con estos países de Sudamérica, según lo denunciaba Francisco Sarcey públicamente, y también nos envían « sus clavos », sonriendo poco menos alegre o despectivamente que cuando traían cuentas de vidrio para los indios.

Las cosas han cambiado algo; pero tienen que cambiar todavía más. Mucho más. Y es ya mucho que nos percatemos de todo esto, para poner remedio.

Se siente ya cada día más la carencia de una cultura estética entre nosotros, y para conseguir este bien se quisiera aplicar, como se dice, « el arte para todo », en vez de aplicarnos todos a cultivar estos dominios para formar *una conciencia*, la más cabal que nos sea dado formar, y siempre propia, puesto que de otro modo no hacemos otra cosa que subrayar la carencia de un criterio autónomo, y resultamos compasibles tributarios como lo son siempre los imitadores.

Los gremios profesionales, fascinados por los resultados culturales de otros pueblos, todos lamentan

que no acumulemos a destajo en el país las mismas formas y los mismos recursos, montajes y elementos de trabajo y de estudio que se estilan en Alemania, Inglaterra, Francia, Italia, etc., sin advertir que falta aquí, por completo, la serie de fundamentaciones que allá explican la prosperidad de las instituciones, así como falta aquí el hábito del trabajo más aún que el deseo de trabajar, y que aptitudes para trabajar bien, mediante un esfuerzo ordenado, adecuado. En la resistencia del espíritu público a adoptar esas aparatosidades, hay, puede decirse, la propia inteligencia que anima a los niños cuando no quieren ir a la escuela a aprender cosas cuya utilidad no ven, o es tan remota que no la pueden percibir.

Es que, cada vez más claramente, se va comprendiendo entre nosotros, que no es por estos arbitrios tan complicados y dispendiosos que se aumenta la cultura nacional, sino, al contrario, tratando de formar un criterio que nos permita seleccionar mejor nuestros recursos efectivos de acción. Nada sería más fácil en este país, donde las condiciones naturales son extraordinariamente favorables, que formar un ambiente razonado, autónomo, y por lo mismo respetable. Si, biológicamente, todo organismo tiene que producir para vivir, se comprende que un organismo vivirá tanto mejor cuanto mayor sea su aptitud para producir en calidad; pero esta aptitud no se alcanza por la imitación, esto es, sin tomar cuenta de un factor tan importante como es el de las peculiaridades de la entidad propia, sino, al contrario, aguzando el conocimiento de la antedicha entidad, para alcanzar dentro de ella misma, sin de-

formarla, los mayores desenvolvimientos, los más altos progresos. Es en ese sendero donde puede hallarse el máximun posible de honor y de provecho.

VI

Sin el ingenio no puede prosperar la industria.

Aquí nos hallamos frente a un problema de sumo interés práctico, el que sería de fácil solución si no fuera por las confusiones que nos han transmitido las añejas especulaciones filosóficas: la relación en que se hallan lo que se denomina «El Arte» y «La Industria».

Se entiende a menudo que la industria y el arte son dominios distintos, los que pueden por lo mismo separarse más o menos completamente. No obstante, para advertir el absurdo que implica este juicio, basta observar, que, si pudiese quedar desprovisto el esfuerzo industrial de aquel elemento generador, desde ese instante quedaría exánime, confinado en la repetición, cuando en realidad lo vemos avanzar, inequívocamente. Nada es más evidente que la evolutividad industrial, así como la incorporación de los concursos llamados «artísticos» a la obra industrial. Lo propio sería privarlo del aporte científico.

El arte, como que no es una entidad objetiva ni concreta, según creen en general los teorizadores, sino que es simplemente «el ingenio en acción», se

gún creo haberlo demostrado en un ensayo de filosofía biológica ⁽¹⁾ tiene que presidir todos los órdenes de la actividad productora, y es así que ésta se muestra tanto más apreciable cuanto más consciente y hábil se haya revelado el productor, el artista. Es un proceso de selección. El error de que sólo lo fastuoso (o sea las «Bellas Artes») es arte, así como que «ese arte» es la exclusiva expresión estética, esta ilusión se va disipando poco a poco, a medida que se informa la conciencia, y las artes denominadas «menores» van integrando el campo artístico que se reputa superior, como lo admite Roger Marx en su «Arte Social», al pretender que también se incluyan en tan privilegiados dominios las llamadas «artes decorativas». ⁽²⁾

Si la industria implica, como todo arte, una manifestación de ingenio, lo juicioso es aplicarnos a cultivar el ingenio, a fin de que la producción industrial sea de la mejor calidad posible. Pero esto, como quiera que se examine, presupone *una mentalidad autónoma*, puesto que de otra manera se trataría simplemente de cultivar el ingenio dentro de la imitación, lo que es, como toda afectación, una prueba de inferioridad.

Hecha esa conciencia—lo que significa la comprensión de las propias conveniencias y de las aptitudes y recursos propios—no debemos dudar de nuestra capacidad productora, porque tal cosa, fuera de ser antojadiza, hasta importaría una ofensa inferida a

(1) *Arte, Estética, Ideal: Ensayo filosófico encarado de un nuevo punto de vista.* Impreso por J. J. Dornaleche. Montevideo, 1912.

(2) *L'Art social.* Editado en 1913. Biblioteca Charpentier. París.

nuestra raza, la que quedaría definitivamente condenada al triste papel de vestirse con plumas ajenas.

Es un colmo que aquí, donde la característica de la raza es la imaginación, en vez de educar y ejercitar esta preciosa facultad, criteriosamente, para compulsarla y encaminarla como una fuerza apreciable, se la haya sometido casi siempre a las viejas disciplinas rutinarias de los pueblos del viejo mundo — para nosotros tan inconducentes — prácticas que allá mismo se las condena, si bien nunca pueden causar tanto daño como aquí, por cuanto aquellos pueblos tienen elementos complementarios educativos de que nosotros carecemos.

Así, por ejemplo, la Escuela Nacional de Artes y Oficios era un modelo de aparatosidad estéril. ⁽¹⁾ Se buscaba la educación productora por medio de ejercicios ordinales y por copias, también ordinales, sin comprender que en vez de fomentar así la actividad superior de la mentalidad escolar, sólo se ejercitaban las facultades inferiores del alumno, demoliendo y anulando su individualidad, y disolviendo por completo su espíritu de iniciativa, congénito y estimable como es. Se mecanizaba al escolar en un país como el nuestro, donde no hay grandes manufacturas ni usinas, y que por lo propio que no se ha podido llegar a una extrema división del trabajo, tanto requiere, por eso mismo, la preparación integral y ágil del espíritu para intentar las infinitas formas de aprovechamiento de nuestras riquezas abandonadas. Se tendía así al automatismo profesio-

(1) Véase el apéndice: *Lo que era y lo que es la Escuela de Artes.*

nal, doblemente condenable en un medio como el nuestro, donde todo está por hacerse. No obstante, este régimen, tan infructuoso, se mantuvo por muchos lustros y hubo de combatirse tenazmente para desarraigarlo.

Se comprende que jamás podrá florecer el ingenio allí donde se le esgrima en el estrecho circuito de la repetición mecanizada de ejercicios, por más robusto que el ingenio sea. Es al contrario en el campo abierto de la libertad para idear, para proyectar, para arbitrar, donde éste puede manifestarse en todo su vigor, y esto último presupone gimnasias « conscientes » que son justamente las que van modelando el ingenio superior. Es éste, pues, el camino mejor a seguirse.

VII

Debe aprovecharse de la virginidad americana como de un tesoro.

Nuestra condición en materia industrial nos indica algo más que la necesidad de evolucionar; puede decirse, más bien, la necesidad de iniciar múltiples formas productoras por completo inexistentes, *a fin de preparar nuestra evolución* de modo que contenga el mayor cúmulo de factores diversos, así como la mejor calidad de los mismos. Es de este modo que un día, no lejano siquiera, dicha evolución puede alcanzar un gran auge.

Nosotros, como pueblo de corta formación y, por lo mismo, exento de factores y de intereses tradicionales cristalizados, tenemos el tesoro de la libertad para determinar nuestra acción con toda la amplitud que seamos capaces de concebir. Si acaso fuera mejor vivir de la admiración de las tradiciones ajenas, que no lo es, por admirables que sean, más bien que vivir cultivando nuestra individualidad regional en el vasto campo de acción que nos depara nuestra propia estructura, la que hasta nos hace imposible imponer tradiciones unilaterales en un país cosmopolita como es el nuestro, siempre tendríamos a nuestro favor el beneficio de la virginidad mental: bien enorme que nos permite seleccionar libremente los recursos de acción. Frente a la cuantía y variedad de las conquistas alcanzadas, este bien duplica su entidad para nosotros, si, al hacer dicha selección, tomamos nota de nuestra idiosincracia y de nuestro positivo interés, para no incorporar al organismo nacional más de lo que le conviene por estricta adecuación, lo que supone naturalmente dejar de lado las rémoras, por sugestivas que fueren, y esto nos permitirá perfilar con carácter franco y propio nuestra individualidad, al mismo tiempo que nuestra producción.

No hay que encarar tampoco el esfuerzo industrial desde el punto de vista exclusivamente lucrativo, sino también como socializador, divulgador, cultural. Hay que encararlo ampliamente, de modo que entren también hasta las culturas industriales del solaz, y todo lo que integre las manifestaciones poliformes de la vida. No sólo aquello sería reducir

demasiado el fin humano, que es algo más que acumular patacones, sino que se comprometería el propio lucro, puesto que siempre es más codiciado y codiciable un producto más individualizado, no ya más complejo y mejor, así como que es de esta manera que aquél llena más eficazmente su finalidad natural.

Nosotros podemos escoger, pues, entre las infinitas experiencias acumuladas por todo el mundo, lo que resulte más apropiado para cada caso particular nuestro; pero si esto es lo que debemos hacer *para aprovechar de los recursos técnicos* alcanzados en otras partes, y en todas partes, el concepto de la obra, esto, debe ser muy nuestro, porque tal cosa tendrá la doble ventaja de obligarnos a formar una conciencia individual más clara, esto es, a definir nuestro propio carácter, y la de permitirnos entonces ajustar más el esfuerzo a nuestras verdaderas necesidades y a nuestras más juiciosas aspiraciones. Siempre será un elemento precioso en la obra, el que se la vea adaptada a servir directamente una positiva necesidad, o una aspiración razonable, y poco a poco se la verá también dispuesta a prestar ese servicio de una manera grata.

A fuerza de confundir la técnica ampulosa, fastuosa, con el arte y con lo bello, los países del Viejo Mundo han llegado a desvirtuar a menudo el esfuerzo productor, al olvidar su finalidad natural, y sienten allá mismo, en medio de sus maravillas y rebuscamientos, la necesidad de saciar su sed de sinceridad y sencillez, nostálgicos de primitivismo, y hasta ávidos de exotismos. Se diría que el arte, en su evolución, siente la necesidad de recobrar su equi-

librio por medio de las formas simples, como Anteo tenía que tocar tierra, según la leyenda, para recobrar fuerzas. Es que, por más que se intente sustraer la acción a sus fines biológicos, tiene en definitiva que someterse a la ley natural, y ceñirse a ellos.

Se comprende cuán deplorable sería nuestro desvío, si en vez de dirigirnos en el sabio sentido de la evolución y la selección natural, siempre juicioso puesto que es orgánico, optáramos por incorporar a nuestro país, virgen, aquello mismo que hasta abrumba a las viejas civilizaciones.

VIII

Por el solo hecho de producir en un sentido autóctono, se duplica el valor y la entidad de nuestra producción.

Hasta para imitar, hasta para esto sería menester que nos detuviésemos a determinar cuál es el arquetipo a que hemos de ajustarnos, porque resultaría inexcusable el imitar sin plan, es decir, sin saber por qué ni para qué lo hacemos. Bien, pues : aquel trabajo previo, por si sólo, presupone la necesidad de formar una conciencia, y entonces ¿por qué no aplicarla en toda su latitud para definir nuestra propia entidad, percatándonos de sus verdaderos intereses a fin de no tomar de lo conocido más que aquello que convenga para satisfacerlos?

Con esto sólo, ya regionalizaríamos nuestra mentalidad.

Cuando se habla de arte autóctono, se comprende que tal cosa no quiere ni puede significar, tanto menos en nuestros días, una cultura exclusivamente nacional o regional, sino el estudio del medio, el producto de la observación y de la experimentación hechas en el mismo, y la asimilación de todo lo conocido, *previa selección hecha en conciencia*, vale decir, tomando nota del ambiente propio con un criterio autónomo. Y esto, conviene repetirlo, es lo único que podemos hacer sensatamente, puesto que lo demás es pura afectación que raya en lo simiesco. Perdemos nuestro carácter.

Entre otras cosas que se aducen para no acudir a un criterio autónomo, a fin de determinar nuestra acción, se dice que ya es demasiado brillante el arte de otros países, y que «está consagrado», para que nos detengamos a plasmar un arte propio, nuestro.

Esto, que parece juicioso a primera vista, resulta absurdo apenas nos detengamos a examinarlo.

El arte, en todas sus direcciones, ya sea industrial o no, tiende a servir las necesidades orgánicas, incluidas naturalmente las evocatorias, de puro solaz, y las propias que marginan el campo evocatorio, como ocurre con las llamadas «artes menores», «aplicadas», «decorativas», etc. Ahora bien, desde que tanto las unas y las otras necesidades orgánicas son personales, individuales, ¿cómo podría satisfacerlas convenientemente un arte ajeno? Si esto se comprende por vía accidental, por excepción, no se comprende que pueda

ofrecerse como forma ordinaria, definitiva, de darles satisfacción.

Sólo porque la mentalidad de estos pueblos nuevos y cosmopolitas se alimenta principalmente con la lectura de los libros y revistas de los países del Viejo Mundo, antes que con la observación del medio, por la que se compenetra y se identifica el individuo a su ambiente, sólo por eso es que aún nos desvía tanto el espejismo de que, como somos individualmente descendientes de europeos, los más, podemos vivir perennemente por reflejo, prescindiendo del ambiente natural que nos sustenta y nos rodea. Si esto fuera posible, como plan definitivo, podríamos mantener nuestros brazos cruzados y nuestras mentes ofuscadas por todo el centelleo de aquellos centros tan evolucionados; pero como es imposible que esto se perpetúe, felizmente, debemos de preocuparnos muy en serio de ordenar y de guiar nuestra mentalidad de modo que se identifique con su ambiente natural, y de manera que ésto se opere en las mejores condiciones posibles.

Ese mismo desvío, que conviene evidenciar, hace que nosotros vivamos en nuestro terruño sin arraigo, como si estuviésemos de paso, quitándonos ésto el sentimiento de estabilidad, tan provechoso para los destinos americanos, y tan saludable para nosotros, puesto que nos incita al mejoramiento del medio constantemente.

A nadie que discurra con despejo sobre los destinos de América, se le ocurrirá que los americanos han de quedar perpetuamente satisfechos, al expandirse evocando la obra del Renacimiento, verbigrata-

cia, o la de los Luises. Y entonces ¿por qué no ir preparando nuestro bagaje evocatorio, dentro de los elementos de nuestro espléndido ambiente natural?

En vez de pretender incorporar a estos países los usos y las cosas europeos por trasplatación, sin contralor, doblemente impuesto por el hecho de saber que allá mismo se lamentan mil errores, debemos preparar la mentalidad nacional sobre estos asuntos, formando una conciencia productora regional. Hay que fomentar el espíritu de investigación, y la experimentación, consiguientemente. Hay que enseñar a trabajar, y a trabajar bien, con ingenio y con probidad, de modo que el trabajo sea lo más reditivo posible, tanto en lucros cuanto en beneficios sociales y morales. No es por medio de la imitación, vale decir, por afectación, que ha de alcanzarse dicho grado de cultura, sino informando la conciencia del productor lo más científica y prácticamente que nos sea dado hacerlo.

Por encontrarse demasiado ardua dicha tarea, se la supone irrealizable, y es por eso que se tilda de lírico todo intento en tal sentido, prefiriéndose mantener en pie los arbitrios usuales, por más que hayan demostrado palmariamente su ineficacia, por lo menos en lo que a producción se refiere.

Como todo es perfectible, se comprende que nuestro afán debe ser el de buscar incesantemente los mejores medios de instrucción y de acción, para alcanzar los mayores y mejores resultados. Esto, al fin, es lo que hacen los propios pueblos modernos más adelantados, y es lo mismo que han hecho siempre los pueblos inteligentes de todos los tiempos.

Nosotros debemos producir dentro de un criterio americano, ésto es, de un criterio que tome nota de las peculiaridades del ambiente propio; nosotros debemos construir y decorar con un criterio autónomo, capaz no sólo de emanciparse de las sugerencias del extranjero en todo aquello que no nos convenga, sino también de comprender y de magnificar su ambiente natural, así como las tradiciones y reliquias americanas.

De igual modo que sirvió a otros pueblos el más primitivo arte egipcio, el asirio, el egeo, el etrusco, etc. puede servirnos nuestro arte autóctono, así como la fauna y la flora americanas para plasmar nuevas formas decorativas, doblemente gratas para nosotros, desde que son más nuestras, y esto mismo por el solo hecho de denotar una conciencia más positiva, hará estimable nuestra producción para los demás, hasta para los espíritus más refinados de los centros más cultos.

Es útil considerar que el progreso realizado en otras partes, también se fundó sobre documentaciones incompletas como las americanas, y será bueno no olvidar que sobre esa base, que parece pequeña y aun deleznable, partiendo de esas formas, todas congéneres puede decirse, por cuanto siempre se comenzó por medios directos y sobrios a servir las necesidades simples de los pueblos primitivos, es que, al diferenciarse por evolución, han llegado a los propios esplendores que nos deslumbran.

Si nos fuese dado creer que podemos superar todo aquello, todavía se explicaría que lo intentásemos; pero como ésto, fuera de ser imposible lograrlo

por la vía inocua de la imitación, no es un programa a cumplirse porque no consulta los intereses americanos, ni sus necesidades más hondas, debemos actuar en un sentido autóctono, regional.

Por de pronto, en los centros más progresados del Viejo Mundo, pueden verse todavía mil pruritos fastuosos, anacrónicos, en abierta pugna con los ideales modernos que allá mismo aletean, llenos de pujanza, así como en pugna también con las convicciones más arraigadas en la mentalidad de estos tiempos. ¿Para qué incorporar todo aquello, en block, como paso inicial, a este ambiente virgen tan anheloso? ¿Para qué colocar esas rémoras en nuestro camino, con todo su séquito de contrasentidos, snobismos y rastacuerismos, vacuos, que florecen a su paso, con todos los pujos de ostentación que desequilibran y desnaturalizan la existencia?

Y ¡cuidado que cuesta desarraigar una costumbre!

Considerando estos asuntos con superficialidad, como tanto nos encandilan las manifestaciones de los países altamente evolucionados, es fácil perder de vista la ventaja que nos depara nuestra libertad para sólo introducir al país lo que pueda convenirnos.

Ya, ante el apremio industrializador que invade a estos países, debido a la conflagración europea, se cree que saldremos de apuros instituyendo escuelas de ingenieros, y los famosos *technicums*, para preparar una legión de jefes industriales diplomados y mecanizados, que formarían estados mayores de técnicos superiores, en medio de las legiones de técnicos mínimos, todos desorbitados, que, por mucho

tiempo, pesarian como una enorme carga nacional, vale decir, por todo el tiempo que fuese menester para formar una conciencia razonada industrial.

Aun cuando por causas incidentales conviniese apresurar algun cultivo industrial en gran escala, para reparar los efectos momentáneos de la guerra, y aun para conseguir alguna ventaja circunstancial, siempre deberíamos tener muy presente la conveniencia fundamental, permanente y aun progresiva, de cimentar racionalmente, lo más racionalmente que nos sea dado hacerlo, nuestra cultura productora general.

Pretender que se inicie un arte propio entre nosotros, ésto que parece utópico, es simplemente hacer lo mismo que hacen e hicieron todos los pueblos de la tierra, desde los más evolucionados hasta los más primitivos: satisfacer las necesidades y las aspiraciones propias por los medios que, según la conciencia individual y social, se consideran más adecuados y, por lo mismo, mejores.

Si algo útil hay que hacer entre nosotros, es «escalonar» las necesidades y las aspiraciones según su grado de premiosidad, para ordenar su precedencia. En cuanto a lo demás, debemos tratar de enseñar a producir de la mejor manera, y ésta será siempre la que más se encuadre en el marco de nuestras modalidades propias, razonadas, seleccionadas, esto es, la más consciente.

PARTE SEGUNDA

IX

Principios generales a que debe ajustarse la enseñanza.

Lo que debe preocuparnos fundamentalmente, es de acertar en cuanto *al criterio de orientación* de este paso inicial, por cuanto depende de ésto mismo el que se recojan beneficios o desengaños.

De otra parte, esa línea directriz tiene que ser unitaria, por cuanto si es « un criterio » el que ha de regir en todas las formas productoras: *la adecuación*, lo propio que ha de engendrar todas las diferencias posibles, no es dado dividir esa hegemonía desde que tal cosa significaría una contradicción, una oposición pues, y no un concurso a la obra de la cimentación de la actividad productora.

Los principios sobre que debe asentar la obra de la industrialización nacional, tienen que ser, pues, de orden racional y tendientes, por eso mismo, a modelar una entidad productora nacional lo más consciente y hábil que fuere posible. En lo fundamental, considero siempre oportunas las mismas reglas que propuse hace algunos años (23 de Julio de 1910⁽¹⁾) al Consejo de la ex Escuela N. de Artes y Oficios,

(1) 1910.—*Reorganización de la Escuela Nacional de Artes y Oficios.* — Tipografía de la Escuela de Artes y Oficios.

por cuanto tienden a formar en cada individualidad un « summum » productor en calidad y en cantidad, y no hay ningún artificio que pueda realizar el milagro de hacer que una individualidad dé más, en cualquier sentido, de lo que puede dar en el sentido estructural. Es ésta, pues, la misión capital de la enseñanza.

Los preceptos pedagógicos a que debe ceñirse la enseñanza, deben ser:

1.º Dar instrucción práctica más bien que teórica, adoptando procedimientos experimentales, de modo que el educando consiga por sí mismo el resultado que busca.

2.º Educar el criterio dentro de las peculiaridades de la individualidad del alumno, respetando y aun estimulando sus energías modales como una fuerza estimable — sin perjuicio, naturalmente, de las rectificaciones que convengan — en la inteligencia de que es en dicha vía que podrá alcanzar su máximo de capacidad productora.

3.º Despertar y desarrollar la inventiva del alumno por medio del proyecto y de la crítica, basados fundamentalmente en un propósito de adecuación productora.

4.º Despertar y desarrollar su espíritu de observación y de análisis, enseñándolo a razonar y a sintetizar.

5.º Cultivar el criterio del alumno más aún que su manualidad, así como optar por una preparación general más bien que por unilateralizaciones, sin perjuicio de cualquiera especialización que en cada caso convenga.

6.º Cultivar su espíritu de iniciativa, de organización y de empresa, alentando las facultades ejecutivas y haciendo ver las ventajas de la perseverancia como medio de realización, que es la finalidad de todo esfuerzo.

7.º Fomentar el espíritu de asociación y de cooperación, así como los demás factores de sociabilización y de cultura.

He ahí las reglas que considero esenciales para encaminar el enseñamiento en nuestro país.

Es preciso, por una parte, inducir a nuestra mentalidad hacia el campo feraz de la experimentación, del modo más decidido que nos sea posible hacerlo. El ilustrado ministro de Inglaterra, señor Mitchell Innes, me expresaba la sorpresa que le causa el ver cuán poca actividad experimental se advierte en este país, que debería estar ensayando a cada paso, en esa vía tan próspera, sus recursos y sus aptitudes. Es en este palenque donde pueden alcanzarse los éxitos más provechosos y más honorables. No en el de las simples generalidades. Si, por otra parte, a la vez que se intenta este esfuerzo, siempre fecundo, se abriera el mayor número de sendas a la divulgación, a la democratización, a la universalización de los resultados, a fin de informar el espíritu público e inclinarlo a la iniciativa, se palparían muy pronto resultados que escapan a toda apreciación, por optimista que fuere.

En esta vía, por lo demás, es imposible el fracaso.

En cuanto a las reglamentaciones, sería inoportuno ocuparse de ellas desde ya, por cuanto éstas deben ir adaptándose a cada circunstancia, de modo que

siempre respondan lo más posible a los fines de la enseñanza. Pueden, sin embargo, anticiparse algunos lineamientos de carácter más general y permanente:

1.º Debe regir en la enseñanza, la mayor libertad compatible con el orden;

2.º La asistencia a las clases debe ser enteramente libre, de modo que cada cual pueda recoger los recursos de acción que necesita; sin perjuicio, naturalmente, de llenarse las formalidades reglamentarias destinadas a garantizar el más eficaz funcionamiento de los cursos y demás servicios;

3.º Debe tenderse a instruir al mayor número de personas, sin distinciones de ninguna clase, dictándose además cursos especiales para obreros en los días y horas que a estos más les convengan;

4.º Los cursos deben abrirse a medida que sean requeridos; de igual modo, las instalaciones se harán cuando corresponda;

5.º Siempre que deba optarse entre dos o más cursos, se optará por aquel que sirva mejor a la divulgación de las enseñanzas elementales productoras, antes que por enseñanzas superiores;

6.º Entre un cultivo de carácter general, y otro particular que más directamente pueda convenir a la explotación de nuestras riquezas naturales, se optará por este último dándose siempre prelación a los que atañen a nuestras materias primas de mayor importancia; y

7.º Se formarán bibliotecas, museos y coleccionamientos, principalmente documentales, destinados a instruir sobre todo lo que atañe a la producción industrial.

X

No es la escuela, sino el maestro, quien enseña.

Si hemos de proceder con método, debemos comenzar por difundir, como antes lo dije, las más variadas formas simples de producción, bien orientadas, naturalmente. Por el momento, debe emprenderse la obra en el sentido de la extensificación, a fin de que la intensificación consiguiente se muestre con la mayor lozanía.

Estatuido un centro director, es en dicho centro donde deben prepararse los maestros que van a diseminar enseñanzas productoras en el país, y, por ende, los propios maestros y maestras rurales de instrucción primaria, que deben llevar a campaña las primeras nociones industrializadoras. A ese efecto, habría que disponer que éstos vengan a la capital, ya sea por turnos o de otro modo, y por el tiempo requerido para informarse de los primeros rudimentos, sin perjuicio de ir complementando y perfeccionando esos conocimientos cuanto fuere posible, en el orden de ideas ya expuesto. Por este medio, el que por encima de la economía ofrece la posibilidad de ejercer una acción general, conjunta y ordenada, en todo el territorio de la República, puede esperarse una acción educadora eficaz y pronta.

La ley dictada sobre enseñanza industrial puede ser el paso quizá más fundamentalmente proficuo

de los que se encaminan al engrandecimiento nacional. Pero, como siempre, esto dependerá de la forma en que se la cumpla.

De entre los arbitrios legales, la obligatoriedad, las formas cooperativas y continuativas, etc., lo que a mi ver ha de producir resultados más inmediatos, y más estimables, es aquel por el cual se establece, de acuerdo con lo que propuse al Gobierno en mi memorándum de Marzo de 1915, que « En las escuelas primarias del Estado se dará instrucción práctica con fines industriales, anotando y estimulando las vocaciones de los alumnos » (art. 27) así como el régimen del externato, también estatuido según lo venía aconsejando desde 1903 ⁽¹⁾. Estas son las bases angulares de la reforma.

No es fundando instituciones, teóricas o prácticas, de puro formulismo y aparatosidad, o espetando disertaciones y pronunciando arengas sobre simples generalidades, ni tampoco levantando escuelas, que puede esperarse el éxito de una obra de esta magnitud. No faltan escuelas; faltan maestros. Como que la enseñanza la desempeña el maestro, y no la escuela, su eficacia depende de la dirección y calidad de las ideas que se propagan, y no del mecanismo de las reglamentaciones ni de la minuciosidad de las instalaciones. En el sentido de ilustrar la conciencia nacional, hará siempre más una noción concreta, un consejo oportuno, un experimento feliz, que las divagaciones más brillantes sobre generalidades. Otro programa puede, entre nosotros, mante-

(1) Véase el apéndice: *Antecedentes de la reforma.*

ner el prestigio falaz de la elucubración especulativa como arma suficiente para la lucha, y puede también desviar más aún la propia conciencia popular que querríamos instruir. Por otra parte, enseñar mal es quizá peor que no enseñar, porque las nociones falsamente encaminadas conducen al fracaso, que desalienta, y esto podría ser de efectos funestos en nuestro medio actual.

Entonces, lo primero que debe hacerse es *preparar maestros, y preparar un ambiente que sirva de guía y contralor a todas las manifestaciones de la actividad productora*. Hay que formar una legión de personas instruidas en las diversas formas de producción, y armadas de un criterio propio, por elemental que fuere, capaz de disponerse, por lo menos, a adecuar cada concepción y cada manipulación a cada circunstancia. Es preciso proceder de modo que, al diseminarse las ideas y las prácticas productoras por todos los ámbitos de la República, pueda engendrarse el espíritu productor nacional sobre bases racionales, dispuestas a evolucionar constructiva, progresivamente. Hasta será una ventaja el iniciar este proceso educativo por las formas elementales.

El cuerpo docente, ya organizado, extenso, costeado y en función, una vez dispuesto a incitar la industriosisidad del niño, puede fácilmente iniciar la cultura productora nacional dentro de un espíritu sabio y práctico, al propio tiempo que cumple sus otros deberes, y podrá así encaminar la mentalidad escolar, desde los primeros pasos, hacia campos más positivos, por más integrales, y más fértiles por lo mismo. La iniciación de la actividad produc-

tora en el alumno, al conectar el aguzamiento de su ingenio práctico y el trabajo manual a la teoría, puede tener efectos sorprendentes, y se ofrecerá, además, como un soplo de diligencia entre los pobladores del campo, sumidos en un quietismo aplastador, producto del desamparo en que viven.

Si tuviese que esperarse un resurgimiento sólo de las escuelas industriales a crearse, y de la propia obligatoriedad, la que presupone un servicio completo para el aprendizaje, tardaríase demasiado para obtener algún resultado sensible, si es dado esperar que en un tiempo, no muy largo, fuese posible procurarse maestros y desembolsar las sumas ingentes que deberían invertirse en todas las zonas del país, por igual, para ser ecuanimes. En cambio, con el arbitrio que propongo, el que, por un lado, tiene la ventaja de equilibrar por la integración práctica la mentalidad escolar, desde el comienzo, substrayéndola a la exclusividad de la especulación, de la abstracción y de los abstrusos teoricismos cuya efectividad, si acaso la tienen, no puede alcanzar el niño, y, que, por el otro, se dirige a estimular también su acción, su manualidad, su espíritu ejecutivo y su ingenio productor, de efectos positivos y tangibles, con este arbitrio, digo, se puede esperar el impulso que ha de transformar provechosamente nuestra economía nacional, dejándole ver las perspectivas de la emancipación productora.

Si, todavía, al promover la iniciación de la cultura industrial infantil, se trata de adecuarla a su misión local, especializándola en el sentido de manipular las riquezas de la zona respectiva, tal ense-

ñanza tiene que producir resultados más ventajosos aún, abreviando la tarea educacional, la que conviene encaminar lo más directamente en el sentido de formar hombres útiles, para bien de ellos y, consiguientemente, del país.

En estos países, por lo mismo que no han guiado sus pasos dentro del criterio científico a que me he referido, puede verse muy a menudo que la tarea consiste en hacer y lamentar, cuando no en demoler para volver a hacer, bien que las obras criteriosamente dirigidas tiendan siempre a la constructividad, al desarrollo progresivo y fructuoso, invariablemente. Tienden a la expansión, como los organismos vigorosos.

La tarea inicial es, pues, *preparar maestros*, sin impaciencias, y tratar de ajustar todas las instituciones que dependen de la Dirección General de Enseñanza Industrial, de modo que concurren a la consecución de los resultados que se buscan. ⁽¹⁾ Las escuelas especiales de industrias deben subseguir, por cuanto sería desacertado fundar escuelas sin maestros. No debemos olvidar, un solo momento, que la enseñanza es el maestro quien la vierte, y no la escuela. Después vendrá lo demás, y será hasta preciso traer

(1) En general, estas instituciones deben ser reformadas según ha de proponerlo en oportunidad la Dirección General de la Enseñanza Industrial, a fin de que se ajusten convenientemente al plan adoptado, para contribuir a la obra de la industrialización nacional, de la manera más eficaz que sea posible. No debe, por lo demás, a ningún título extraño a la misión educadora, ser mantenida ninguna institución ni ningún resorte que no preste ni pueda prestar servicios efectivos en este sentido, porque sería inexcusable distraer recursos y energías en instantes en que tanto se demandan para llevar a buen término la obra más provechosa que pueda realizarse en favor del país, la obra patriótica más reclamada.

del extranjero algunos maestros, por lo menos, por el tiempo más o menos breve que sea menester para preparar a los que, a su vez, han de enseñar aquí, y esto, bien entendido, al solo efecto de perfeccionar los medios técnicos, que, en cuanto a lo demás, somos nosotros mismos los que debemos tratar de formar una conciencia propia y un ambiente razonado regional, para dirigir nuestra propia acción en el sendero de nuestras positivas conveniencias.

Los liceos de campaña, y los propios de la Capital, deberían aplicarse también a cultivar los mismos métodos antedichos de instrucción industrial, pues cada día hay menos campo para los simples generalizadores, para los auxiliares profesionales en el país. Estas instituciones, a pesar de lo que se diga en contrario, se hallan encaminadas más bien a aumentar las llamadas profesiones liberales — que tan poco liberan a menudo — en vez de encaminar a la acción productora, tan fecunda. El Estado, al aumentar el ya crecido número de los profesionales que cuenta la actualidad, preparando, onerosamente todavía, hombres que cada vez tendrán menos fácil acomodo en la economía social, y que, por la propia condición que se les crea, tienen que ser de aspiraciones poco prácticas, se aboca a un problema, cuando no a una carga que lo embaraza y que, por contragolpe, perjudica a la comunidad social ⁽¹⁾.

(1) En la Universidad, sección de Enseñanza Secundaria, acaba de introducirse una nueva asignatura, denominada «Industrias». Esto denota que se va reconociendo de día en día más claramente, la necesidad de encaminar a la juventud hacia la producción, en todas partes, hasta en los centros genuinamente cultores de la simple teoría. Es verdad que no se hará un curso práctico industrial, mas no es menos cierto que se trata de

Esta evolución de los liceos, si se verificara, conjuntamente con una distribución juiciosa de becas, puede contribuir a la obra emprendida con aportes valiosos.

Las propias Escuelas de Veterinaria y Agronomía, deberían coadyuvar a igual propósito, dando las indicaciones necesarias para que puedan abrirse cursos prácticos elementales, y á la vez difundirse nociones de este género por otros medios divulgatorios, acerca de sus respectivas enseñanzas; todo lo cual contribuiría, también provechosamente, a la obra de la industrialización del país. Por otra parte, los alumnos de la Escuela de Artes, a medida que vayan formando su conciencia productora y adquieran una preparación apropiada, pueden, a su vez, concurrir a dicha obra en las actuales escuelas, y en las que se vayan instalando a medida que sea oportuno, así como en los centros de colonización educacional de que me ocuparé más adelante.

Entretanto, aunque no se hiciera más por el momento, con todo esto no más, el productor y el anhelado productor, tan recomendables como son, se sentirían cada vez más apoyados.

Hay que cultivar mucho la física, la mecánica, la

inclinarse a la mentalidad de los mismos universitarios hacia el plano efectivo, fecundante de la elaboración de riqueza. Nada más lógico que la iniciativa a que me refiero, en un centro de enseñanza en que se mira, y debe mirarse, como una adversidad, el que aumenten los ingresos. ¿Puede haber una demostración más clara de que, si, por excepción, conviene este enseñanza, no conviene como una normal? Sí, la hay. Es la siguiente: la sociedad se alarma toda vez que hay aumento de egresos universitarios, y lo peor es que se alarma con toda razón.

química, como ciencias madres que pueden permitir el desarrollo de las formas angulares de aprovechamiento industrial, mas no hay que cultivar esas ciencias en el sentido de preparar laureados, simplemente, sino en el de formar hombres de acción, de iniciativa, emprendedores, capaces de « arremangarse », según lo expresa tan pintorescamente la gráfica locución vulgar.

El dibujo y el modelado, y la composición decorativa, como elementos también medulares ⁽¹⁾ desde el punto de vista plástico, contribuirán, por otra parte, al mayor florecimiento industrial, permitiendo aprovechar muchas riquezas abandonadas, y otras que se emplean mal.

Hay que cultivar el criterio productor integral, para que las industrias todas puedan ir a las cumbres del apogeo: la metalurgia, las industrias textiles, las alimenticias, las que se dirigen al aprovechamiento de las materias colorantes, de las esencias, de las maderas, leche, cueros, huesos, aspas, areniscas, mármoles, granitos, pórfidos, ágatas, tierras y arcillas, amatistas, pieles, plumas, etc., etc., que, a su vez, se dirigen por infinitos senderos, todos prósperos a condición de que la forma de aprovechamiento se halle adecuada a su fin, en cada caso.

Para todo esto, no es « la escuela » la que ha de guiarnos; ni es tampoco, en resumidas cuentas, el propio funcionario que se invista del título de maestro. Lo que ha de conducirnos eficazmente en este

(1) Estas artes, cuyo cultivo se supone de menor provecho, quizá por ser menos aptas para determinar la evolución, son asimismo muy importantes por cuanto vivir no es solo evolucionar, sino « vivir » también.

proceso, tan complejo, es *el criterio* que nos guíe. En un orden de actividades multiformes como éste, sólo una orientación racional, de adecuación, vale decir, científica, puede conducirnos a todos los florecimientos anhelados. Fuera de allí, nos llenamos de cargas y nos exponemos a recoger decepciones.

XI

La obra educacional acentuará sus efectos por el informe así como por la experimentación y la divulgación de sus resultados.

Transformada hoy la ex Escuela Nacional de Artes y Oficios en centro de cultura general productora, para hombres y mujeres, dispuesto dicho centro a abarcar todas las modalidades de la producción con criterio científico, y dentro de un concepto estético regional, es él quien, al propio tiempo que prepara a los maestros encargados de propagar por todo el país las enseñanzas recibidas, dentro de la orientación oficialmente admitida como mejor, debe también diseminar por los demás medios posibles la cultura productora. Así empezaría, de inmediato, a plasmarse la obra industrializadora en todo el país, a la vez, de la manera más amplia y más segura.

Mediante un acopio, el mayor posible, de antecedentes, este centro debe desempeñar *un servicio general de informaciones*, acerca de los asuntos que atañen a la industria. Para ello es preciso, ante todo,

ponerse en relación con los institutos análogos de los países que mantienen o puedan mantener intercambio con el nuestro, fuera de organizar un archivo, el más completo que sea posible, que le permita ordenar todo dato que sea de algún interés, más o menos inmediato. Este órgano, que habilitaría cada vez más para evacuar cualquier consulta que se le dirigiera, puede prestar servicios invaluableles a los trabajadores en general, y a los rurales especialmente. Como complemento, una revista de la Escuela, que serviría a la vez como medio de aprendizaje de las artes gráficas en la misma, puede servir de vehículo a la propagación de los procedimientos de producción más recomendados, así como para contestar las consultas y pedidos de informes que puedan revestir un interés general.

Fuera de los cometidos esenciales, la Escuela trataría de ir ampliando su radio de experimentación, de investigación y de enseñanza, y dando la mayor publicidad posible a los resultados de interés.

Los cometidos legales que, naturalmente, han de cumplirse de la manera mejor, las formas cooperativas y continuativas, la enseñanza de obreros, todo esto debe hacerse sin herir los intereses legítimos de la industria, los que, por lo demás, no pueden ser lesionados dentro de este plan, sino que, al contrario, deben sentirse considerablemente favorecidos en sus aspiraciones superiores.

Si bien el fin esencial de estas instituciones es la enseñanza, se comprende que, para enseñar a producir, es preciso producir. Enseñar sin talleres, o sólo por medio de ejercicios abstractos, es entera-

mente ocioso entre nosotros, por ahora a lo menos. La antedicha producción, si bien exigua, puede, asimismo procurar recursos que, al servir a los fines de la enseñanza, refluyan en bien de la comunidad social.

No deben tampoco considerarse tan limitadas las prerrogativas del Estado sobre este punto, porque sería estrecharlo precisamente en la obra más pro-
fícua y mejor encaminada a desarrollar la cultura y el engrandecimiento nacional. En un plan racional de instrucción, no puede ser mantenido el régimen de ejercicios infructuosos, como el anterior, que inutilizaba desatentadamente preciosos materiales, sino al contrario, debe enseñarse a utilizarlos prácticamente, y de la mejor manera. Lo único que debe rechazarse radicalmente es la competencia desleal. Este régimen, tan moral como útil, en campaña ha de ser de efectos más provechosos todavía, puesto que realiza quizá el ideal de que las escuelas-talleres, al enseñar, se costeen por sí mismas.

Reanudando lo que decíamos acerca de los servicios complementarios del enseñamiento, una institución amplia como ésta, que no se halla guiada por el espíritu de lucro, puesto que su misión es impersonal, en un medio incipiente de producción como es el nuestro viene a llenar una laguna lamentable: *el informe*.

En efecto ¿a quién puede dirigirse el industrial para disipar sus dudas, para conocer el resultado de los tanteos y ensayos, o la mejor manera de resolver cualquiera dificultad? ¿Acaso al émulo, al competidor? Y ¿cómo esperar que se manifieste dispuesta

y animosa la iniciativa industrial, allí donde no hay elementos de instrucción, ni quién se aplique a verificar experimentos y a hacerlos conocer?

Este servicio puede ser de efectos muy provechosos si se realiza convenientemente.

La Escuela Superior debe, además, mantenerse en constante comunicación con las comisiones y demás entidades departamentales, seccionales y vecinales de campaña, ya organizadas, y también con las especiales que se organicen, tanto para estimularlas a cooperar en la obra de la enseñanza industrial, cuanto para conocer las necesidades y aspiraciones de los departamentos, de las secciones y vecindarios, a fin de satisfacerlos en cuanto le sea dado hacerlo.

Las antedichas incitaciones al trabajo productor, por medio de la enseñanza práctica, por el informe, por la experimentación y la divulgación de sus resultados, por la propaganda, etc., podrán secundar eficazmente el propósito industrializador, y, tanto más, cuanto mejor nos sea dado formar un ambiente-guía, que vaya encarrilando, lo más posible, en un sentido racional, regional, autóctono, nuestra producción; pero hay otros arbitrios convergentes de que echar mano, y, para alcanzar los máximos frutos de esta empresa redentora, nada hay que desdeñar de lo que pueda ser aprovechable.

XII

Todos, de una u otra manera efectiva, deben concurrir al sostenimiento del Estado y a facilitar la evolución nacional.

Será de efectos benéficos y congruentes al propósito de desarrollar lo más y lo mejor posible la cultura industrial, el iniciar una serie de ensayos y ajustes en el sentido colonizador-educador.

Hay que comenzar por hacer una compulsa acerca de la disposición en que se hallan los vecindarios de campaña, para facilitar la instalación de pequeños centros de colonización educacional y productora. No hay un solo vecindario que no carezca de elementos educacionales y productores, hasta para satisfacer a veces, las necesidades y aspiraciones más premiosas, y podrían éstos así, en provecho propio, aprestarse a concurrir de una u otra manera, que fuese bastante, por lo menos, para facilitar la prestación de los servicios que se demandan. Es seguro, que, por ínfimos que pudieran ser estos aportes en el comienzo, pronto llegaría a prosperar tal institución, siempre que se la atendiese con espíritu práctico y hábil.

De esta manera, no sólo los obreros y profesionales, dispuestos a trabajar, podrían hallar formas halagadoras para aplicar su capacidad y sus energías, sino que los mismos alumnos que egresan de la Escuela de Artes, podrían iniciarse en la vida libre

del trabajo, llevando a los centros rurales las nociones de producción que han adquirido, todo lo cual redundaría en bien de la cultura del país.

Los brazos útiles, en una sociedad sabiamente organizada, no deberían quedar en la esterilidad abrumadora del ocio.

Desde luego, si la organización de la enseñanza industrial se cimenta sobre esta doble base: 1.º «Trabajo en el sentido vocacional»; 2.º «Remuneración equitativa de todo servicio útil», sobre esta base, pocos son los que van a manifestarse inclinados al pasivismo infecundo. La normal será de acatamiento, de aprovechamiento.

Según me lo sugería un espíritu organizador, sagaz, las propias fuerzas militares destacadas en campaña podrían constituirse en núcleos colonizadores. Esto, lejos de menguar la misión militar, la completaría y la elevaría más. Dicho arbitrio, por otra parte, como que se organizaría también en el sentido de consultar las vocaciones, lo cual al propio tiempo que rinde más proficuo el trabajo, lo hace saludable y hasta solazante, tendría además la ventaja de hacer menos tediosa la vida del soldado en los tiempos normales. Con el empleo regular de sus energías y de su ingenio, se acentuaría su cultura, así como se consolidarían sus aspiraciones de mejoramiento. Fuera de mejorar su condición, pues, por la ocupación y el provecho consiguiente, se sentiría a la vez más identificado con el alma del pueblo, a cuyos intereses atendería de este modo, aun por fuera del cumplimiento de sus deberes militares, y habría ganado de todas maneras.

De otro lado, los reclusos, en general, todos deberían concurrir a la obra de la industrialización nacional, en cuanto sea factible, naturalmente, porque es equitativo que indemnicen en lo posible el servicio de manutención y demás cuidados que les presta la sociedad; y los mismos asilados, también deben cooperar en esa obra que ha de aprovechar a todos, ellos incluidos, y hasta debe exigírseles ésto, no tanto siquiera como compensación del amparo que les presta la Asistencia Pública, cuanto porque es esta la forma en que más eficazmente puede prestarse dicho servicio social.

Se comprenderá que me refiero a todos los reclusos y asilados, por igual; pero merece una atención particular la condición de los huérfanos, recogidos por la Asistencia Pública Nacional.

Es realmente un grave problema el que presenta la cifra creciente de expósitos y asilados, ya sean varones o mujeres, en los establecimientos de caridad, que no dejan de ser substancialmente así, aun cuando se los denomine de otra manera. Y no debe preocuparnos tanto el costo de su manutención, si bien siempre creciente, como los efectos sociales que ha de producir la preparación de elementos articulados tan artificiosamente para la vida libre.

Desde luego, la herencia, por lo común, no es auspiciosa. Abundan las taras. Al lado de aptitudes intelectivas que sorprenden, a veces, pueden observarse deficiencias muy frecuentes, fuera de un puerilismo, que, por sí sólo, denota por lo menos una conciencia escasa para la convivencia libre. Ni su salud ni su psiquis, pues, se adaptan fácilmente a

las exigencias normales de la lucha natural. Puede asegurarse que ellos están, por lo común, individualmente, en condiciones de inferioridad,

La propia protección que les presta la Asistencia Pública, como que es una forma de excepción, los coloca en una situación particular, cuyas consecuencias, juntamente con la falta de vinculaciones definidas con los miembros de la sociedad, se hacen sentir inconvenientemente.

El sentimentalismo de la caridad tiene eso de malo, el que, por un lado, es menos eficaz de lo que quisiera ser, y, por el otro, que no concluye jamás por complacer las exigencias del beneficiado, tanto más cuanto que éste se acostumbra a la idea de la protección excepcional, antinatural, antes que preocuparse, como en la vida libre, de ir formando su conciencia en el sentido de la propia responsabilidad y de la preparación individual para la lucha.

Sería más científico, y más eficaz, encarar este servicio de asistencia como un acto de previsión social, sin anfibologías de ninguna clase. Preparar a estos desheredados en el sentido de que tienen que bastarse a si mismos apenas tengan uso de razón, sería darles una conciencia más moral y más provechosa. La caridad comienza por humillarlos, o bien, por hacerles creer que la sociedad les es deudora a un título, que, por lo mismo que no les es dado definir, llevan a todas las arbitrariedades de su imaginación infantil. No es difícil encontrar entre los asilados, antes que el rubor de la humildad, cierta soberbia, y a veces hasta la propia altanería. En otras palabras, no son normales por lo general.

Actualmente, se van admitiendo expósitos de ambos sexos, así como niños y niñas, que, por una u otra razón, solicitan ser amparados por la Asistencia Pública. Este servicio, que congrega niños de todas edades, entre la del párvulo y la del adolescente, y que, según se me ha informado, hasta permite al adulto hospedarse también en el asilo, trae consigo, todos los inconvenientes antedichos, más los que derivan de la heterogeneidad de ideas, de edades y de procedencias. El problema se agrava, a la vez, por la progresividad del quantum que implica este servicio y, también, porque no se prepara a los asilados para que puedan reincorporarse convenientemente a la sociedad. Se diría que no se piensa en esto.

Una solución que reduciría los inconvenientes apuntados, es la de preparar resueltamente para la producción a todos estos asilados. Desde un principio, la instrucción tendría que dirigirse resueltamente en ese sentido, y una vez que los asilados hubieran llegado a la edad de doce años, cuando más, deberían ser considerados como elementos aptos para encaminarse a la producción, optándose fundamentalmente por destinarlos a la vida rural.

Si se fundaran colonias, aunque fuera pequeños núcleos colonizadores para recibir a estos asilados, se obtendría el triple resultado siguiente:

- 1.º Colocar a los asilados en un ambiente más favorable a sus condiciones físicas;
- 2.º Prepararlos en un medio más fácilmente accesible, y más conforme a su condición social;
- 3.º Descongestionar los centros urbanos.

Si, en primer término, esto consulta el interés de

los propios asilados, produciría a la vez resultados sociales y económicos muy dignos de tomarse en cuenta.

Es prudente encarar este servicio de asistencia de modo que los beneficiados, mediante una preparación adecuada, puedan costearse su manutención y bastarse a si mismos, no sólo porque esto es más propicio para que puedan formar su concepto de responsabilidad, sino también porque es más moral y previsor, desde que tiende a formar elementos útiles, lo que importa contemplar el interés social y el individual a la vez.

Desde el punto de vista económico, mantener el régimen actual, es abrir un agujero siempre dispuesto a ensancharse, en el fondo mismo del tesoro nacional, donde se guarda el dinero del pueblo, para costear una obra muy deficiente por cierto.

La vida rural, por otra parte, tendría para ellos otras ventajas, también dignas de tomarse en cuenta. En agrupaciones pequeñas, este régimen permitiría constituir un ambiente familiar, grato, y facilitaría al propio tiempo que la enseñanza, la vigilancia, lo cual tendería a formar costumbres más sobrias, ambiciones más razonables, más sociables y más sanas, y garantizaría la salud de los asilados, preparándolos de un modo mejor, por más adecuado, para la vida libre.

El personal de este servicio debería seleccionarse entre las familias de colonos, y demás rurales, más virtuosos, a la vez que como un acto de confianza, que honra al designado, como un medio que les permite prosperar. Es de esta manera que podría

ajustarse como institución social, equitativa y previosora, la asistencia, más bien que por medio de ostentaciones fastuosas, y estériles como son las de la caridad casi siempre, y es así como podría prepararse la reincorporación de estos elementos en sociedad, con hábitos de orden, de trabajo, y hasta permitiéndoles formar su peculio para que puedan establecerse.

Divididos en pequeños grupos, lo más homogéneos que sea posible, bajo la vigilancia y la dirección de personas honorables, podría además creárseles un ambiente más semejante al de la familia, que es la forma natural de vivir, lo cual, por lo demás, no impediría tampoco el seleccionar a aquellos que revelasen mayores aptitudes para cultivar la industria urbana.

En esos centros coloniales, se podría establecer la celebración de fiestas con motivo de las sementeras, plantaciones, cosechas, esquilas y demás operaciones rurales, reglamentando la vida de modo que se mejara cuanto es posible la vida amplia, normal. Encarado así este servicio de colonización, nada tendría que pudiese semejar la tristeza de esos hacinamientos urbanos, donde las perspectivas para los asilados son todas grises.

Con todos estos y otros ajustes en el sentido colonizador-educador, al reducir los inconvenientes expuestos, y fuera de los demás beneficios que se han de palpar, se tendería también a propagar más y más las mejores formas de producción.

XIII

Dentro de un sabio régimen social, nada que pueda ser utilizado debe abandonarse.

Se requiere un esfuerzo singularmente vigoroso en la campaña, si se la quiere transformar, llevándola de una atonía musulmana a los movimientos ordenados, metódicos y hábiles que demanda la utilización racional de las riquezas naturales; y, muy especialmente, se requiere fomentar el factor social, como un estímulo insustituible para engendrar esas actividades en aquel medio, pasivo, inerte por lo mismo que carece de este aguijón tan saludable.

Si hubiese una conciencia más clara, habría un espíritu social más solidario, con provecho de todos.

En tanto que en los centros urbanos, y en la Capital, principalmente, disfrutamos de toda clase de recursos y comodidades, en campaña se carece de todo, a veces hasta de lo mismo que confina en lo perentorio. Esta disparidad social implica, necesariamente, un desordenamiento perjudicial, que conviene remediar.

Sería indicado, desde luego, enviar a campaña todo lo que puede ser utilizado y que aquí no se utiliza: semillas, podas, muebles, libros, útiles, herramientas, ropas, etc., sobrantes que, fuera de no servirnos, nos incomodan.

Cuando se piense que todos estos sobrantes, que a veces mantenemos abandonados indefinidamente

sin saber qué partido tomar con ellos, podrían ser aprovechados como verdaderos tesoros por las familias rurales pobres, las que a veces ni pueden enviar a sus hijos a la escuela por falta de recursos, y aun de ropas, fácil será convencer de la necesidad de articular algún resorte que sirva para drenar todos estos objetos hacia las desmanteladas viviendas camperas. Y, naturalmente, al decir esto, entiendo que es mucho más lo que puede y debe hacerse, así como pienso que se hará mucho más apenas se haya iniciado un servicio cualquiera de este género y se palpen los beneficios que de él emergen.

Considerando con espíritu de previsión este punto, se comprenderá, por de pronto, cuánto puede contribuir a la transformación de la vida rural este propio arbitrio, que, en resumidas cuentas, no nos costaría más que el mantener «el órgano intermediario» puesto a su servicio, lo cual es relativamente insignificante.

Hace pocos años, inicié un movimiento de opinión en este sentido, pero este intento, si bien halló la más auspiciosa acogida en la población, ⁽¹⁾, por

(1) De inmediato se formó una comisión compuesta de selectos elementos de todas las profesiones y gremios, la que con empeño inició las primeras tareas. No sólo la prensa de la Capital y de la campaña acogieron con viva simpatía este propósito, sino que muchas instituciones, y particulares prometieron secundarlo con agrado, aplaudiéndolo como un anhelo verdaderamente razonable y patriótico. La Intendencia Municipal envió muchos miles de podas utilizables, lo propio que el arboricultor don Alberto Basso; la Comisión Nacional de Fomento Rural adhirió plenamente, ofreciendo el concurso de todas sus comisiones de campaña, y don Julio Mailhos, también generosamente, ofreció un local apropiado, contiguo a la Estación del Ferrocarril C. del Uruguay, y se iban recibiendo de todas partes adhesiones y ofrecimientos constantes, entre otras, la valiosa declaración del Segundo Congreso Rural Trimestral celebrado en Minas, cuando cesaron los trabajos por las causas antedichas.

causas accidentales no fué posible llevarlo a término. No obstante, aquel pequeño y breve ensayo permitió ver claramente cuán reclamada era esta institución por la campaña, y cuántos beneficios habrían de resultar de la realización de un concurso social de esta clase, al derivar hacia la campaña un cúmulo enorme de elementos utilizables que quedan arrinconados o perdidos en la metrópoli, sin provecho alguno para nadie.

No basta enseñar; ni enseñar a trabajar; ni basta enseñar a vivir; es preciso también procurar a los desamparados los medios indispensables, aunque no sea más, para que puedan reaccionar despertando su espíritu al orden y la diligencia, dentro de la capa de plomo de la modorra en que han vivido tanto tiempo, precisamente por hallarse privados de todo. Para iniciar este movimiento, disciplinando convenientemente energías latentes, tan enervadas por la pasividad, lo menos que podemos pretender es que cada cual contribuya con todo aquello que no le presta servicio alguno, y, por parte del Estado, que subvenga a los pequeños gastos que demanda la creación de este órgano intermediario, encargado de solidarizar al productor rural con el consumidor urbano.

Si se quiere conmover la vida rural, para reformarla a fondo en un tiempo relativamente breve, es menester acudir a la vez a todos estos y los demás arbitrios que puedan converger a dicho propósito, tan patriótico, como equitativo y previsor.

XIV

El estímulo social es lo que más puede determinar un mejoramiento en la vida rural.

Según lo expresaba en mi memorándum de Marzo de 1915 ⁽¹⁾ hay la necesidad de despertar, por medio del estímulo social el propósito de mejoramiento, el que, según se comprende, será más incitante y saludable cuantos más deseos se sientan de « vivir bien ». Es éste el factor que ordena el trabajo y que lo intensifica. Imposible esperar este resultado, donde, por no sentirse la necesidad de comodidades, se ha mecanizado el esfuerzo dentro de las formas rudimentales mínimas, bastantes, sin embargo, para atender necesidades mínimas también e inmutables, se diría, como las de los insectos, según se afirma.

Para remediar este inconveniente, y por las mismas razones que he propuesto como iniciación de la obra de la industrialización nacional que se lleve a las extensiones rurales desmanteladas, tanto la enseñanza productora como el informe y los elementos utilizables sin aplicación, de igual modo propongo que se trate de derivar también de los centros urbanos, hacia la campaña, una parte de la corriente intelectual, del ingenio y de la inventiva de los profesionales y demás personas ilustradas, en el sentido de estudiar la multitud de problemas

(1) Véase el apéndice: Antecedentes de la reforma.

rurales que están en pie, sin solución, y, lo que es peor, sin que nadie se crea obligado a examinarlos.

La vivienda rural, por ejemplo, requiere que se la estudie con especial atención.

Desde luego, la vivienda, encarada de un punto de vista práctico, por modesta que sea, mas no por eso menos habitable y aun confortable, y también apta a las sugerencias estéticas, podría ser un interesante problema a resolver por nuestros arquitectos. Bien valdría la pena de iniciar concursos, con premios, para ir estudiando esos tipos de vivienda rural tan amenos y gratos, a pesar de su parquedad, y siempre teniendo cuenta de la necesidad de hacerlos fáciles de ejecutar, aun por medio de los recursos comunes, tan exiguos, de la campaña. El jardín, la huerta, las porterías, los cercos, la chimenea, los mobiliarios, ⁽¹⁾ etc., podrían permitir que se esgrimiera el ingenio de nuestros artistas, en un sentido tan provechoso cuanto instructivo, y, además, habría que hacer lo propio con otros cien problemas rurales.

Por otra parte, fuera de las exposiciones a organizar, ferias, concursos, etc., hay que programar fiestas y premios, con motivo de las operaciones ordinarias de campo, y también habría un interés especial en instituir prácticas capaces de asociar al

(1) Todos estos concursos, así como otros, verbigracia, para proveer de agua, de aire, de luz, herramientas, botiquín, etc., deberían merecer además el cuidado de hacer que las soluciones mejores se las trocara en prácticas, facilitando la adquisición por cuotas o de otra manera. En su caso, convendría también estudiar prácticamente, el mejor modo de obtener las instalaciones más costosas, por medio de los concursos colectivos de cada vecindario.

rural a la obra de la conservación y mejoramiento de los caminos. Así, por ejemplo, convendría instituir la «fiesta del camino», en la que cada vecino concurre, de una u otra manera, con materiales, acarreo o mano de obra al sabio propósito de cuidar de la vialidad rural, que es el vehículo esencial para el desarrollo de la producción y para la propagación de infinitas culturas. Pero es necesario, a la vez, *amenizar* el ejercicio de este acto de previsión, a fin de que tales deberes se identifiquen más al espíritu del poblador rural, lo que también concurría a estimular sus hábitos sociales, hoy tan escasos.

Esto podría constituir, un día, sino el «órgano de conservación» ⁽¹⁾, sin el cual el problema de la vialidad es insoluble (puesto que no hay recursos que permitan sufragar a la vez las obras y su conservación) podría esto, digo, ser por lo menos uno de sus elementos constitutivos más eficaces. Desde luego, el ejercicio de esta función, tan racional y ventajosa, habría de permitir todos los desenvolvimientos que ofrece cualquiera organización de índole positiva.

(1) La ley de Vialidad, que me cupo el honor de promover, no podría prestar todos los servicios que de ella deben esperarse, sino se asocia la iniciativa de los vecinos a la obra de la conservación de los caminos rurales. Este concurso, invaluable, es el que más eficazmente puede secundar la obra de la Administración Pública.

XV

Algunas consideraciones complementarias y transitorias, para concluir.

Tal es la orientación en lo substancial, y tales son, en sus líneas más generales, los arbitrios que a mi juicio deben emplearse por el momento en nuestro país, para abordar la obra de su industrialización. Como se ve, el plan que formulo es el mismo, fundamentalmente, que propuse al Gobierno en el memorandum ya referido; y debo manifestar aquí que el actual Presidente de la República, doctor Feliciano Viera, tenía conocimiento del mismo desde el mes de Noviembre de 1914, así como que lo aprobó con satisfacción patriótica desde entonces, interesándose en él al considerar los efectos tan beneficiosos que ha de producir en todo el país, y en la campaña principalmente.

Ni entonces me he detenido, ni ahora me detengo a precisar los detalles del plan, por cuanto es imposible abarcarlos dentro de una organización tan compleja, si se la encara con criterio racional, que requiere, en un medio no preparado como el nuestro, tanteos y compulsas diversos, a fin de que se articulen los resortes y ajustes convenientemente.

Los detalles, los propios detalles reglamentarios, no dejan de ser de interés. Siempre dependerán la marcha y la prosperidad de una institución, de la forma en que funciona; pero, ir de antemano a pre-

verlos, y establecer desde luego reglamentaciones definitivas, si acaso pueden serlo alguna vez, lo que no creo, sería exponerse al contratiempo, y también al fracaso.

La reglamentación debe ser precedida de una constante compulsión, en toda organización racional, de modo que se ajuste cada vez más el medio, que es el reglamento, a la finalidad, la cual, en este caso, es la enseñanza dirigida en el sentido de obtener la industrialización nacional de la manera mejor. Quizá se pudiera tentar esto al implantar instituciones extranjeras, a regirse por sus propios cánones, pero esto mismo resultaría a menudo imposible por cuanto, en ese caso también, hay siempre que considerar que, por el hecho de funcionar aquellas en otro medio, esto sólo demanda una previa adaptación. Caeríamos en lo mismo que hemos condenado, si articuláramos fríos y estériles mecanismos inanimados, por simple trasplante, como fuera menester para preestablecer lo que aquí no tiene principio de ejecución siquiera. Volveríamos a las instituciones de aparato, tan dispendiosas como infructíferas.

Sólo para proveer los cargos de maestros debe hacerse una compulsión previa, escrupulosa. Desde luego, una institución seria y fundamental como ésta, vital, podría agregarse sin hipérbole, para que pueda ofrecer los efectos trascendentes que de ella deben esperarse, no puede convertirse en un simple asilo de « recomendados ». El cuerpo docente, por lo menos, debe reclutarse entre los más preparados y los mejor dispuestos a enseñar dentro del programa

adoptado oficialmente como mejor. Se trata de formar la conciencia nacional productora, y de enseñar a trabajar, y esta tarea debe llenarse sesudamente, porque implica los destinos de la riqueza y de la cultura nacionales. Ningún servicio, pues, en el orden de los enseñamientos y de las orientaciones generales del alma nacional, debe eximirse de un contralor científico, excluyéndose por completo todo lo que sea ajeno al enseñamiento efectivo. Es ésta la única manera de llegar a la consecución de la alta finalidad patriótica que se pretende alcanzar.

Es sumamente útil, a mi juicio, el mantener en los primeros tiempos, de ensayo y experimentación, la mayor suma de facultades ejecutivas en la dirección, a fin de que haya la mayor plasticidad en sus movimientos preparatorios, y la mayor rapidez. En el período inicial, por lo menos, se requiere articular unitariamente, vale decir, dentro de un solo criterio todos los resortes, a fin de evitar los hibridismos, siempre estériles, tan fáciles de engendrarse en medios como el nuestro.

Así, por ejemplo, considero que hasta que no se hayan organizado los servicios fundamentales, cuando menos hasta entonces, sería inconveniente instalar un consejo deliberante. La deliberación es demasiado lenta, y expuesta, más que en otra parte aquí, a inclinarse ante razones de oportunismo. En la experiencia que hemos podido recoger, hemos visto que si los Consejos son convenientes respecto de las instituciones ya encaminadas, con funciones ya dispuestas y regularizadas, no lo son cuando se trata de iniciar, o de innovar. Fuera de que no siempre es

fácil formar quorum en los cuerpos honorarios, es frecuente ver paralizada su acción por la disparidad de opiniones, doblemente presumible y temible en este orden de asuntos. Si la diversidad de matices, de simples matices no más, puede ser de provecho para ejercer un contralor en una institución que funciona, la pluralidad de opiniones es mortal para una institución que se inicia. Sería interminable, tan interminable como concluyente el entrar en el terreno de los antecedentes y de las demostraciones a este respecto.

Se comprenderá que lo dicho no excluye al contralor administrativo, que considero saludable en todo instante. Sólo me refiero al criterio unitario que presupone toda organización vigorosa, fuerte. En instantes en que va a modelarse una obra tan compleja como es la de la enseñanza industrial, como lo es, muy particularmente, en un país casi por completo ajeno a este orden de culturas, para esta oportunidad debe escogerse, con toda escrupulosidad, la mejor orientación, y, luego, disponer el ordenamiento de todos los resortes dentro de un criterio uniforme, y homogéneo por lo mismo. Otra cosa puede exponer la obra a las formas de oposición, que llevan al hibridismo, a la contradicción, y al fracaso consiguientemente. Demasiado grandes son las dificultades y obstáculos a vencer, para que, todavía, se puedan oponer otras rémoras en el camino.

Fuera de una preparación especializada, se requiere una consagración que es incompatible con el esfuerzo requerido para mantener, dentro de sus verdaderos rieles, una misma orientación angular, si hay desacuerdo en las ideas directrices.

Ni el propio presupuesto puede ser formulado dentro de rubros rígidos, en tanto que la institución, con todas sus dependencias, tan variadas y complejas como son, no llegue al período pleno de su funcionamiento, *como organización*. Mientras sea un intento orgánico, como debe serlo racionalmente en sus pasos iniciales, tiene que haber un margen de libertad para cambiar los rubros, según lo aconsejen las circunstancias, y siempre, naturalmente, dentro de la suma que se destine a la institución.

En la experiencia que he recogido en la Dirección de la ex-Escuela N. de Artes y Oficios, si bien corta, he podido ver que habría sido imposible realizar ni la mitad de lo que se ha hecho, a haber tenido que discutir punto por punto cada medida, o bien, a no haber tenido facultades para invertir las economías que se hiciesen en cualquier rubro; y no puede dejarse de reconocer, no obstante, que ha sido un bien esa latitud de facultades que permitió, en breve tiempo, y dentro de escasos recursos, en lo fundamental los mismos ordinarios de la ex-Escuela, transformar aquel centro, antes tan lúgubre como estéril, en una colmena próspera. ⁽¹⁾

Al reglamentar la ley, pues, a fin de cumplirla del modo más eficaz, convendrá tener presentes las consideraciones antedichas, tanto lo que se refiere a una juiciosa «seriación» previa de las necesidades, para atender, en primer término, las más premiosas, cuanto a lo indispensable que es el *preparar a los maestros* que han de vivificar la institución, como

(1) Véase al apéndice: *Lo que era y lo que es la Escuela de Artes.*

recurso esencial de todo enseñamiento, así como convendrá no omitir lo demás que sea también fundamental, o simplemente oportuno y provechoso.

En los liceos, según se hizo público últimamente, hay dificultades para proveerlos de maestros, y hasta se aconseja fundar un instituto « especial » para prepararlos, no obstante hallarse funcionando ya dichos centros de enseñanza; y si esto ha ocurrido con instituciones dispuestas en el sentido de la instrucción general ¿cuánto más requerido y prudente será el tomar en oportunidad esta medida preparatoria, con enseñanzas prácticas de las que está tan desprovisto el país?

No caigamos en el error de impacientarnos. Hay que ir lejos.

Con las experiencias recogidas en nuestro propio país, y con las abundosas enseñanzas que emergen de la guerra europea, no debemos ni podemos pagarnos de simples exterioridades institucionales; debemos ir a fondo: dejar la paja, y tomar el grano.

Se trata de fundar una institución esencialmente « natural »; más que nacional, pues, *humana*, la que está por arriba de las creencias y de los partidos, y desde que ella se basa en una aspiración común: el mejoramiento moral, social y económico, todos estamos interesados por igual en asegurar su pleno éxito.

Sería hasta denigrante, por otra parte, el que, sin antes haber pesado las aptitudes propias, un pueblo se declarase de antemano inepto para hacer lo que hacen los demás.

Pero, para realizar un esfuerzo verdaderamente eficaz, es preciso trabajar seriamente, hondamente,

y ésto excluye la idea del « expediente » como cosa principal, el simple papeleo burocrático, la grave « paperasse » que es, a veces, lo único que queda, en medio de un silencio solemne, para comprobar la huella que dejaron las instituciones. Para eso valdría más no intentar nada.

En breve acompañaré el presupuesto, así como una somera exposición de motivos que a él se refiere.

Seguro de merecer la aprobación de V. E., y a fin de facilitar la lectura de este plan, así como para obtener el mayor concurso de opiniones sobre asuntos tan vitales, lo he mandado imprimir, y pronto recibirá V. E. ejemplares impresos que han de abreviar su estudio.

Dejo así cumplido el encargo con que he sido honrado por el Poder Ejecutivo, y saludo a V. E. con mi mayor consideración.

Montevideo, 8 de Marzo de 1917.

PEDRO FIGARI.

APÉNDICE NÚMERO 1

LO QUE ERA Y LO QUE ES LA ESCUELA DE ARTES

La ex Escuela Nacional de Artes y Oficios, que funcionó por unas cuatro décadas y que tuvo algunos momentos de auge, si bien muy onerosos según se me ha informado, fué decayendo y acentuando su hibridismo a un extremo tal que habria sido difícil definir la verdadera naturaleza de dicho establecimiento. Tenia, sin embargo, más carácter de prisión, o de reformatorio, que de escuela. Era «la pesadilla» de la Administración Pública. No se sabia qué hacer con ella; y hoy es ya una institución abierta, liberal, esencialmente liberal, que hace honor al país.

No sólo su aprovechamiento, y el propio aspecto del edificio tanto exterior como interiormente, no respondía a sus necesidades, sino que el funcionamiento de la Escuela era de una manifiesta ilogicidad. Los talleres y las instalaciones estaban dispuestos de tal modo, que, si a primera vista podían parecer aceptables, o aun buenos, no resistían al menor análisis. La fuerza motriz se distribuía y se malgastaba de un modo verdaderamente lamentable. En algunos talleres, bastaba que un alumno afilese una simple herramienta para que todas las maquinarias se moviesen a la vez. Los materiales, valiosos a veces, se abandonaban hacinados. Los locales de los talleres, fuera de hallarse mal distribuidos, no tenían a menudo ni aire ni luz, bien que era fácil atender esta elemental necesidad, y es así que se ofrecían lóbregos y poco apropiados para inspirar el deseo de trabajar, así como para dar nociones de ordenamiento, lo cual es también uno de los deberes de la escuela. Todo denunciaba allí la falta de un criterio regulador, y todo, pues, estaba dispuesto para deseducar más bien que para llenar su misión esencial.

En los talleres había una gran profusión de carteles, con estas leyendas: *Silencio; Silencio y respeto; Máquinas sucias convienen a gentes sucias; Un lugar para cada cosa y cada cosa en su lugar; El que rompa la sierra quedará arrestado; El que eche a perder la madera por tercera vez al hacer los ejercicios, será arrestado* etc.

El régimen disciplinario era de un rigor tan inconsulto, que rayaba en lo arbitrario. Se usaba despóticamente de la autoridad, altanera y aun brutal, y se abusaba de los castigos para inducir al orden a una raza como la nuestra, cuya característica es la altivez. Cualquier miembro del personal, hasta el más infimo, podía a menudo aplicar el arresto dominical por sí mismo. De aquí que se manifestase dicho régimen tan poco fructuoso, de un modo tan pertinaz.

El aprendizaje se hacía por «ejercicios», que comenzaban por dar una falsa y pobrísima idea de la materia prima. Esos ejercicios, todos fragmentarios, abstractos, ejecutados con madera, con metales u otro material, constituían en vez de un enseñamiento provechoso, como lo es el *enseñar a sacar el mejor partido práctico de todo elemento natural*, un modo sistemático de inutilizar la materia prima. Una vez hechos los ejercicios, a veces muy penosamente, como que no tenían empleo alguno, se arrojaban o quemaban, cuando no alcanzasen el honor del tablero o de la propia exposición. El alumno no podía ver, así, una aplicación juiciosa e integral de los materiales de su oficio.

Dichos ejercicios se enunciaban por su número ordinal, no por su nombre siquiera, y la finalidad de los mismos, en algunos talleres por lo menos, no se mencionaba jamás. Las iniciativas del alumno quedaban así por completo ahogadas. Sus facultades superiores, por inútiles, quedaban entumecidas a poco andar, y su propio aspecto tomaba el aire macilento de un reflejo de las paredes grises, enmohecidas, del taller. Los alumnos *no pensaban*, según me decía un antiguo empleado de la Escuela.

Apenas suprimí el régimen de los ejercicios, radicalmente y de un solo golpe, parecía que la institución se venía abajo.

Todos pensaban, en el establecimiento, que era insustituible aquel régimen, tan cómodo para la Dirección y para los maestros, cuanto estéril para el enseñamiento. No obstante, pasados los primeros momentos de estupor, hizo eclosión el propósito de proyectar entre los alumnos, y desde entonces se apoderó de ellos una pasión ardiente por idear, por crear. Este efecto, tan saludable, es el que cambió de inmediato la fisonomía de los muchachos, la de los talleres y la de la propia Escuela, cambio que apreciaron muchos de los que la habían conocido antes, con verdadera sorpresa y con honda satisfacción.

Para ver mejor el estancamiento a que sometía el anterior régimen, conviene decir que aquellos ejercicios, mil veces repetidos, así como un juego de comedor cursi, y otro de escritorio, de estilo macarrónico exquisito, estos dos amueblados, con los ejercicios, fueron enviados por tres veces consecutivas a las exposiciones del Viejo y Nuevo Mundo. Parecía que todo esto era insuperable, la última palabra en el arte de enseñar y construir. Verdad que ya era excepcional el hecho de que en la Escuela se construyesen objetos íntegrales alguna vez.

Pero, no es esto lo peor. Ni es lo peor que dichos objetos hayan sido devueltos por la Oficina de Exposiciones, después de tanto viaje, en un estado lamentable; hechos añicos. Lo peor es que fueron premiados.

Esto, que solo ilusiona a los crédulos y que nunca debe sorprender al experiente, era lo que mantenía la seguridad de que todo marchaba en la Escuela por el mejor de los rieles.

Por otro lado, en tanto que una multitud de adolescentes de ambos sexos, de la Capital y de campaña; en tanto que esa multitud, que cuenta por decenas de millares, reclamaba instrucción productora práctica, no la recibía, y, en cambio, se le daba instrucción a los discolos preferentemente, (1) a

(1) Según se ve, esta Escuela, en la que se comenzaba por hacer una selección al revés, confiaba enteramente en los beneficios de la reclusión completa del pupilo, cuando, en vez, el externato tiene entre otras ventajas la de permitir una propagación continua de las enseñanzas en el medio social,

unos doscientos más o menos, que permanecían recluidos por varios años en esa Escuela; y a éstos mismos, en vez de dársela práctica, se la daban *teórica* en los propios talleres llenos de máquinas y herramientas, talleres costosos que, para colmo de ironía, demandaban aumentos de instalación constantemente. El promedio anual de egresados, por lo demás, era demasiado infimo, aunque hubiera sido pasablemente preparado. Calculado en tres y cuatro años el curso escolar, resultaba un promedio de unos cincuenta o sesenta anuales.

Así funcionó dicho establecimiento por tantos años, a pesar de haber desfilado por el Consejo muchísimos conciudadanos de todas las profesiones y gremios, de reconocida ilustración, por otra parte, así como de indubitable patriotismo.

Esto, deseo hacerlo constar no como un vano desahogo a los fracasos reiterados que sufrí, en mi prolongado empeño de dar otro carácter a esa escuela ⁽¹⁾, a la que, a mi ver, era indispensable ajustar, por lo menos a élla, en el sentido de satisfacer la vital necesidad de enseñar las formas prácticas de producción industrial en nuestro país; esto lo hago notar simplemente como una prueba irrefragable respecto de lo fácil que es equivocarse, aun dentro de una vasta ilustración general, en este orden de asuntos tan arduos.

Hoy, en esa escuela, antes tan sombría como estéril, en un solo año y medio de aplicación del nuevo régimen, orientado en el sentido que expresa el informe, se ha operado un cambio tan saludable y tan promisor — fuera de la obra realizada — que ha merecido plácemes generales de la prensa así como de cuantas personas competentes la han visitado. ⁽²⁾

lo cual es más que en otra parte alguna aquí, de efectos favorables, así como mantiene más vivos los vínculos de afecto y de responsabilidad de la familia, y los propios sociales; todo lo cual es provechoso. Pocas veces se ofrecerá un caso más típico de absurdos y enrevesamientos en una institución, ni tampoco que el simple prestigio de la imitación incite tanto a su mantenimiento.

(1) Véase el apéndice Núm. 2: *Antecedentes de la Reforma*.

(2) Casi toda la prensa de la Capital ha aplaudido la reforma, en vista de

Ahora, por de pronto, se trata de enseñar a sacar algún partido de todo material, por infimo que sea, en la inteligencia de que esta enseñanza es más razonable y de mayor provecho moral, social y económico.

los efectos alcanzados, y, entre otras publicaciones autorizadas e interesantes, quiero mencionar *The Montevideo Times*, que, en un editorial encabezado con el título «*Modelo Uruguayo de Escuela Industrial*», decía entre otros juicios lisonjeros: «En el presente, una exhibición de los trabajos de los alumnos, es justamente una prueba del alto grado y de la excelente educación implantada en esta República, que hasta hace de este país el más industrial en el continente de Sud América.» (Enero 9 de 1917). Por otra parte, el señor Ministro de Inglaterra don Alfredo Mitchell Innes, ilustrado cultor de asuntos escolares, manifestó al señor Ministro de Industrias, don Hilario Helguera (hijo), en el acto de inaugurarse la exposición, que, bien que hubiese recorrido medio mundo, no había encontrado una exposición escolar de esta significación e importancia, en la que todos los objetos confeccionados, en todas las secciones, han sido materia de estudio particular, y tienen un sello propio; que era tal su importancia, que convendría invitar a una comisión de personas competentes de la República Argentina, para que la visiten.

De igual modo, recordamos también juicios muy favorables del señor J. W. Bland, corresponsal de *The Times*, de Londres; del doctor Goldsmith, secretario de la Institución Carnegie, de Norteamérica; del arquitecto Gaetano Moretti, encargado por el Gobierno Italiano de la conservación de los monumentos públicos de Italia; del profesor arquitecto José P. Carré; del ingeniero Ernesto Maupas; del arquitecto Annoni; de los Senadores doctores Antonio M. Rodríguez y Juan Aguirre y González; del doctor Baltasar Brun, Ministro de Relaciones Exteriores; del doctor Juan J. de Amézaga, ex Ministro de Industrias; del doctor Benito M. Cuñarro, Presidente de la Alta Corte; del Intendente de la Capital, doctor Francisco Accinelli; del señor Santiago Rivas, Ministro de Obras Públicas; del señor Joaquín C. Sánchez, Ministro de la Guerra; del doctor Rodolfo Mezzera, Ministro de Instrucción Pública; del señor Marcial Martínez de Ferrari, ex Ministro de Chile; del señor James M. Wordie, profesor de Geología de Glasgow y de Cambridge, (miembro científico de la Expedición Schakleton); del doctor Daniel García Acevedo, Presidente del Vivero Municipal y de la Granja de Agricultura; del doctor Justo Cubiló, Secretario de la Alta Corte de Justicia; del doctor Carlos Rodríguez Etchart, Decano de la Facultad de Ciencias Económicas y profesor de las Universidades de Buenos Aires y La Plata; del doctor Julio Muró, ex Ministro del Interior; del doctor Emilio Barbaroux, ex Ministro de Relaciones Exteriores y actual Rector de la Universidad; del señor Luis J. Supervielle, Presidente del Banco de Seguros; del doctor Serapio del Castillo, Director del Banco de la República; del señor Gerard

Suprimido el internato, ha podido aumentarse al doble, desde los primeros meses, la población escolar, mixta hoy día. Antes funcionaban ocho talleres; hoy funcionan doce más, fuera de otras nuevas secciones y clases, y fuera de

Teague, Gerente del Ferrocarril Noroeste; del ingeniero Enrique Echeverry, Director de la Escuela de Agronomía; del ingeniero Eduardo García de Zúñiga, Director del Puerto de Montevideo; del doctor Alfonso Pacheco, Fiscal de Gobierno; del doctor Rafael Muñoz Ximénez, Inspector General de Policía Sanitaria Animal; del señor Emilio Fournié, Inspector Técnico de Instrucción Pública; del señor José H. Figueira, ex Inspector Técnico de Instrucción Pública; del señor Senen Rodríguez, Jefe de la Administración de los Bienes del Estado; del ingeniero Alfredo Ramos Montero, Inspector Nacional de Ganadería y Agricultura; del señor Jocelyn Speck, Secretario de la Legación Británica; del doctor Francisco Gigliani, ex Presidente de la Junta Económico-Administrativa; del señor Santiago Fabini, Presidente de la Cámara de Industrias; de los señores Diputados: doctor Domingo Arena, doctor José F. Arias, doctor César Miranda, doctor Félix Echevest, Carlos Ameglio; del doctor José Scoseria, ex Director de la Asistencia Pública Nacional; del señor Pablo Fontaina, Director de la Escuela Superior de Comercio; del profesor Mauricio A. Lamme, Director del Instituto de Geología y Perforaciones; del señor César Dupont, ex Director de la Escuela de Artes y Oficios, y de los señores ex Consejeros de la misma, doctor Ricardo Vecino, Diputado; ingeniero Luis Guillot, Director de Paseos y Jardines; ingeniero Enrique Danrée; Juan Domingo Lanza; doctor Eduardo Giménez de Aréchaga; doctor Ildefonso García Acevedo; doctor Juan Vicente Algorta; señores delegados del Congreso Pan Americano de Washington, ingeniero Juan Monteverde y doctor Adolfo Berro García; de los señores delegados del Brasil al Congreso del Niño, de Buenos Aires; de los señores delegados de la Comisión Nacional de Fomento Rural, de los doctores José P. Varela y Carlos Saenz de Zumarán, de la Dirección General de Instrucción Pública; del señor Jorge West, Gerente del Banco de la República; del señor Carlos W. Drever, Gerente del Banco Británico; del señor Eduardo B. Anaya, Director de la Oficina Nacional del Trabajo; de los señores ingenieros Juan P. Fabini, Axel Sundberg, José Chiappara; de los señores arquitectos Eugenio P. Baroffio, Camilo Gardelle, Alfredo R. Campos, Humberto J. Pittamiglio, Cándido Lerena Joanicó, Fernando Capurro, Carlos Terra Urioste, Carlos Herrera Mac-Lean, Gonzalo Vázquez Barriére, Raúl Bauzá, José Mazzara, etc.; de los señores artistas, Pedro Blanes Viale, Pablo Mañé (hijo), Cesáreo B. de Quirós, Alfonso Brocqua, Carlos A. Castellanos, etc.; de los señores doctores Pablo De María, José María Castellanos, Alberto Nin, Emilio Frugoni, Alfredo Furriol, Alberto Cibils Larravide. Jaime F. de Nevares, Alfredo Arocena, Carlos Prando, Rodolfo Sayagués Lasso, Matías Alonso Criado Daniel Castellanos, Vicente Barcia, Alfredo Echevarría, etc.; de los docto-

diversos trabajos preparatorios realizados en el sentido de ir aumentando las enseñanzas productoras. No sólo se han debido instalar éstos, y alimentarlos todos dentro de una actualidad de gran carestía, como es ésta, sino que debieron reinstalarse y ordenarse también los viejos talleres, algunos enteramente, y se ha provisto a las máquinas de gran cantidad de aparatos protectores contra accidentes del trabajo.

Se han abierto, sólo en el patio, diez y seis grandes lucernarias sobre las bóvedas de la planta baja, para dar luz a los talleres de Carpintería y Ajustes, que eran tenebrosos, y se han reformado las de los corredores; se han abierto veinte ventanas, uniformando y reformando todas las aberturas exteriores e interiores, disponiendo todas las banderolas de los cuatro frentes, o sea más de cien, de modo que puedan abrirse a voluntad, con un aparato ideado y ejecutado en la Escuela, de mínimo costo, y eficaz. Fuera de muchas otras refacciones del edificio, e instalaciones, se han cambiado los balcones del frente y la balaustrada del patio, hoy de mármol blanco, así como el revestimiento del zócalo, a una

res Carlos Nery, Jaime H. Oliver, Luis Morquio, José Mainginou, Sebastián Rodríguez, Francisco Vidal y Cuervo, Santiago Puppo, Rodolfo Fonseca, Eugenio P. Lasnier, Luis M. Surraco, Alberto Galeano, Atilio Brignoli, Agustín Sanguinetti, Damián Alicardi Bossio, Tomás E. Gallagher, J. López Lindner, Presidente de la Sociedad de Medicina Veterinaria, etc., de los periodistas Adolfo Agorio, Perfecto Lopez Campaña, Vicente Basso Maglio, Vicente A. Salaverry, Carlos Sabat Ercasty, César Alvarez Aguiar, etc.; de los señores David Hooper, George Anderson, Enrique Legrand, Alfredo Beherens, Juan Carlos Muñoz, Jefe Político de Soriano; señor Roberto Zubia, Director de los talleres del Puerto, señor Juan P. Maupás, Julio Mousqués, Raúl Terra, Francisco Canale Sivori, Charles Clarence Horton, Alejo Rosell y Rius, César Batlle Pacheco, Rafael N. Tabarez, Alberto Cibils, Fermín C. Yéregui, Carlos Mandillo, Pedro Velleda, Horacio Ascheri, Agr. Orosmán Acosta Viera, Oscar Fischer, Raúl Sienna, Arturo Ricart, Ignacio Oliveras, Juan J. Dornaleche, Alberto Urtubey, Luciano Laserre, Frantz Ruette, Comandante del «Uruguay», Setembrino E. Pereda, Eduardo Vázquez (hijo), etc., etc. Resultaría interminable hacer una nómina completa, en la que sería también preciso incluir muchos otros nombres, así como gran número de distinguidas damas, nacionales y extranjeras, que han honrado a la Escuela con su visita y a la Dirección con sus estimables testimonios de aprobación.

altura de un metro 56 centímetros, para lo cual se aprovechó el mármol de las mesas del refectorio, innecesarias ya dentro del régimen actual; se han decorado casi todos los talleres, con intervención de los alumnos; los talleres han contribuido todos, de una u otra manera, a todos los trabajos, (debiendo mencionarse especialmente en este punto, los de Mecánica, Carpintería y Herrería), así como se han asociado y se asocian los talleres y los alumnos, a cada paso, para realizar obras. Se han decorado el vestibulo y la puerta y cancel de entrada, de modo que den la idea, desde el primer instante, al que visita el establecimiento, de que allí se cultivan las artes productoras, con algún criterio por lo menos.

Hoy, el edificio, interiormente, es ameno; atrae, como debe hacerlo todo local escolar, y mantiene cinco grandes salas de exposición de los trabajos realizados en la Escuela durante el antedicho periodo, de un año y medio, que cuenta este provisoriato.

Hé aquí un resumen de los trabajos realizados :

Taller de Dibujo del natural, Composición Decorativa (fundados en 28 de Agosto de 1915) *y Pintura*: Más de dos mil quinientos estudios y composiciones del natural, y algunas de éstas sobre la base de documentaciones arqueológicas americanas. Casi todos estos estudios han sido utilizados, de una u otra manera, en las obras de la Escuela.

Debo hacer constar que la Intendencia Municipal y la Dirección de Paseos y Jardines, así como el Jardín Zoológico del señor Alejo Rosell y Rius, han contribuido a los estudios de esta Escuela, donando modelos naturales o permitiendo que se puedan aprovechar por los colaboradores, maestros y alumnos de la misma, generosamente. Algunos particulares también han contribuido, de igual modo, a este propósito (señora Isabel C. de Castro, señora Olga C. de Varela Acevedo, don Luis Bereta, señora Rosa F. de Platero, doctor Damian Aicardi Bossio, y otros), así como a los demás que interesan a la enseñanza. No debo dejar de mencionar, muy particularmente, al distinguido compatriota in-

geniero don Luis Pastoriza, que ha donado un valioso lote de maderas americanas.

Para aprovechar de los preciosos coleccionamientos americanos que guardan el Museo de La Plata y el Museo Etnográfico de Buenos Aires, han ido la Dirección, sus colaboradores, maestros y alumnos de la Escuela a estudiarlos y a tomar nota de los mismos. Debo expresar aquí, que dichas instituciones han dado todas las facilidades posibles, con una cortesía insuperable.

Taller de Modelado y Moldeado: Ciento ochenta trabajos y estudios hechos en el mismo orden de ideas a que acabo de referirme, y también en gran parte utilizados prácticamente.

Clase de Modelo Vivo (fundado en Agosto de 1915): Se han realizado grandes progresos en esta clase, instituida dentro del régimen más liberal que pueda darse. Concurren artistas, aficionados, obreros, estudiantes y alumnos. Si bien sólo se exhibe una pequeña parte de los trabajos y estudios hechos en clase, puede verse el resultado de la misma.

Mecánica, Ajustes y Soldadura Autógena (éste último fundado en Septiembre de 1915): Se han construido varias máquinas, algunas complejas, un horno para fundir metales, diversos tipos de aparatos protectores, entre ellos uno de invento del compatriota don Horacio Ascheri, y se está trabajando en un clinógrafo, invento de otro compatriota, el agrimensor don Orosmán Acosta Viera. Se están terminando un guinche y una caja de hierro ideada en la Escuela. Se han construido múltiples herrajes y cerrajes, herramientas, un mechero de gas para el horno de ensayos de esmaltes, de cerámica, y hay multitud de máquinas y aparatos en vías de ejecución. Fuera de todos estos trabajos — todos prácticos — son innumerables las obras diversas realizadas por estos talleres.

Fundición en hierro y bronce y Sección de fundición de bronce a cera perdida (fundados en Abril de 1916): Se han fundido más de setecientas piezas, algunas de verdadera importancia y algunas, también, de valor artístico.

Herrería: Se han hecho más de cuatrocientos trabajos diversos, todos prácticos también, entre otros, fraguas, cocinas económicas, jardineras, porta-macetas, chimeneas, faroles de hierro forjado, así como los calados de fierro de la puerta de entrada, y cancel de la misma.

Fraguado y Repujado fuerte en metales (fundado en Octubre de 1916): Además de sus fraguas y otros montajes y herramientas, ha construido una gran bandeja de bronce repujado y cobre, (motivos regionales), varios soportes para gongs, candelabros, faroles, etc., etc.

Carpintería, y Sección rodados y muebles rústicos (fundada esta última en Marzo de 1916): Ha hecho fuera de las puertas, ventanas, instalaciones de los diversos talleres y otros varios trabajos de obra blanca, algunos rodados, once juegos completos de comedor, dormitorio, hall, modelos originales, que pueden servir tanto a los alumnos egresados cuanto a los rurales; a los primeros, como una ocupación y a los últimos, para amueblar sus viviendas por medios económicos y de un modo confortable. Además, ha construido escritorios, bibliotecas, botiquines, repisas, sillones, sillas, etc., etc., dentro de un tipo rústico.

Mueblería y Taracea (fundada esta sección en Marzo de 1916): Se han hecho ocho amueblados completos de dormitorio y de comedor, de estilo moderno, originales, algunos de lujo, fuera de otros muebles e innumerables trabajos, algunos regionales; un juego de oficina, casilleros, bibliotecas, etc.

Escultura en madera (fundado en Agosto de 1915): Se han realizado cientosiete trabajos diversos, esculpidos y tallados sobre motivos americanos, principalmente, todos de índole práctica y, por lo mismo, aprovechables.

Rodados (fundado en Agosto de 1916): Se han hecho dos rodados completos, dignos de mencionarse, y hay dos más en ejecución, fuera de las instalaciones del taller y de sus herramientas.

Alfarería (fundado en Mayo de 1916): Este taller ha ensayado unas treinta arcillas nacionales, fuera de otras tierras

americanas y caolín, y se prepara a hacer esmaltes. En este taller se han hecho más de doscientas piezas originales, o inspiradas, principalmente, en las viejas cerámicas americanas.

Mimbres, juncos, etc. (fundado en Septiembre de 1915): Este taller ha realizado doscientos veinte trabajos diversos, algunos de importancia, y todos de carácter práctico.

Vitraux. (fundado en Septiembre de 1916): Este taller ha realizado más de trescientas piezas, de tipo original, algunas regionales de verdadero mérito artístico.

Labores femeninas (fundado en Septiembre de 1916): Este taller, como el anterior, ha sido de una gran fecundidad. Se han hecho setenta y ocho almohadones y otros setenta y nueve trabajos, panneaux decorativos, cortinados, cortinas, camineros, cubreteteras, costureros, lámparas, faroles, etc., todos originales, muchos de tipo autóctono, de positivo mérito artístico.

Solfeo y Canto coral (fundado en Octubre de 1916): Esta clase ha sido muy concurrida, no sólo por los alumnos y alumnas de la Escuela, que, después de haber trabajado en los diversos talleres, iban a buscar a esta clase su solaz, sino también por muchos jóvenes, de ambos sexos, no pertenecientes al cuerpo escolar. Sobre esta base, pueden formarse coros, bandas y charangas, por los mismos obreros y aprendices, lo que les permitirá, después del trabajo, un esparcimiento grato y saludable. Esto, al integrar cada vez más, y en planos cada vez más cultivados su mentalidad, ha de formar el alma del pueblo de un modo apto y superior para todas las modalidades de la vida de asociación.

Pintura de obras: Este taller ha ejecutado todos los trabajos de pintura del establecimiento, y ha secundado el de los alumnos en la obra de decorar y embellecer la Escuela.

Debo mencionar la corrección de los viejos y nuevos alumnos al cambiarse de régimen, que permite la vida promiscua de los talleres, en la que han dado prueba de corrección y urbanidad. Es una verdadera satisfacción para mí, que me habían hablado reiteradamente de los antiguos alumnos de

la Escuela de Artes y Oficios, como de unos «bandidos incorregibles», el comprobar que el régimen de la libertad en el orden, el de la tolerancia y la dulzura, hayan puesto en evidencia, desde luego, que aquellos supuestos salvajismos que se creían congénitos, no eran otra cosa, como lo pensé siempre, que una reacción altiva contra un régimen despótico y absurdo, que tendía a deprimir la individualidad del escolar en vez de cultivarla.

Hago constar a la vez con satisfacción, que, durante las vacaciones, la Escuela ha sido visitada por muchas maestras de la Capital y de campaña, las que en parte también han concurrido a algunos talleres para aprender algunas formas simples de producción, las que serán, seguramente, transmitidas a los discípulos de sus respectivas escuelas. Esto, así como muchos otros antecedentes, demuestra que es ya un anhelo muy sentido el de romper con las rutinas mentales, que tienden a la pasividad, para entrar al campo libre de la acción. (1)

Esta Escuela es hoy la de la libertad. Si hay que cifrar esperanzas en algo, es en el culto de ese principio discipli-

(1) Por iniciativa del señor Emilio Fournié, Inspector Técnico de la Dirección General de Instrucción Pública, tan idóneo cuanto empeñoso en el cumplimiento de sus deberes, todo el personal de las Escuelas de Práctica ha visitado el establecimiento, lo que trajo como consecuencia un aumento de ingresos. También se ha resuelto facilitar la entrada a la escuela de un cuerpo de pensionados del Instituto de Sordo-Mudos, como consecuencia de las mismas gestiones, así como por la intervención del ilustrado señor Ministro de Instrucción Pública doctor Rodolfo Mezzera. De igual modo, se está gestionando de tiempo atrás, por la distinguida Directora del Instituto de Ciegos, señora Carmen Cuestas de Nery, la forma en que pueda darse una más amplia y variada instrucción práctica a los pensionados de tan humanitario y digno instituto, gestiones que mira con todo interés y simpatía esta Dirección. También debo mencionar que el señor Director del Hospital «Fermín Ferreira», doctor Atilio Brignoli, ha gestionado ante esta Escuela el medio de cultivar en aquella Repartición las artes industriales, que sean no sólo compatibles con la condición de sus pensionados, sino también las que puedan favorecer su salud. Excusado es decir que se ha atendido con el más decidido interés dicha iniciativa, y que se tratará de hacer cuanto sea posible para llevarla a una conveniente realidad.

nario, el único que permite el florecimiento de las energías sanas y fuertes. La imposición sólo se requiere para atentar a la naturaleza, y nada está más destinado al fracaso que esa vía.

Lo que se ha conseguido es mucho, frente a la exigüidad estíptica del régimen anterior, y es demasiado poco, frente a los desenvolvimientos que espera alcanzar la Escuela, al dilatar de día en día más sus horizontes y sus aspiraciones infinitas.

P. Figari.

APÉNDICE NÚMERO 2

ANTECEDENTES DE LA REFORMA

Hace ya mucho tiempo que vengo pugnando por la necesidad de abordar el enseñamiento industrial práctico.

Con motivo de un proyecto que, poco estudiado, presenté en 1903 a la H. Cámara de Representantes sobre creación de una Escuela de Bellas Artes, se nombró una Comisión Especial para abrir dictamen acerca de dicho proyecto, Comisión de la que yo formaba parte; y los miembros de la misma me cometieron el informe, dándome facultades amplias para estudiar y aconsejar lo que considerase mejor.

Estudiado con más detenimiento dicho proyecto, propuse el informe que transcribo enseguida, aceptado por la antedicha Comisión.

Dice así :

COMISIÓN ESPECIAL.

Honorable Cámara de Representantes :

Ha sido unánime la opinión de los miembros de vuestra Comisión Especial, en el sentido de apoyar y prestigiar el pensamiento que encierra el proyecto de creación de una Escuela de Bellas Artes, como de verdadera trascendencia para el completo desarrollo de la industria y la cultura nacional.

Cree vuestra Comisión que es oportuno agregar un nuevo centro de instrucción a los ya existentes, encargado de propagar la enseñanza artística, y muy especialmente cuando se dedique a difundir sus formas de aplicación a la industria. Este complemento a la obra de la instrucción pública, refluirá en bien de las clases menesterosas, abriéndoles cam-

po para desarrollar su acción en la multiplicidad infinita de las manifestaciones de esta rama de conocimientos, y preparará a la vez el medio para el cultivo del arte superior. A medida que se eduque el sentimiento público por la divulgación de las nociones estéticas, se acentuará el desarrollo industrial y el espíritu de sociabilidad, ampliando los factores intelectuales y los temas de estudio tranquilo, instructivo y ameno. El arte, en su acepción superior, así como en sus mil aplicaciones, solaza, y por lo mismo, estimula y facilita el contacto social, puesto que sustituye los asuntos candentes, las controversias políticas y económicas, los debates filosóficos, morales y religiosos, por temas neutrales, capaces de mantener la discusión en un campo sereno.

Las proyecciones de tal orden de factores en nuestra economía social, son incalculables. Aquí, donde vivimos privados casi en absoluto de tales beneficios; donde no hallamos el reposo mental para nuestras agitaciones diarias en la inmensa variedad de nociones estéticas, no nos damos clara cuenta de los perjuicios morales y sociales que esto apareja, mas si experimentamos las consecuencias a cada paso. Como no hay solución de continuidad en la lucha activa, las pasiones campean más fácilmente en nuestro escenario. Hay, pues, positiva utilidad en promover — también desde este punto de vista — tal forma de instrucción, como un poderoso propulsor de sociabilidad y de cultura.

En otros países, en los más avanzados, aun cuando el arte ha tomado un desarrollo extraordinario, se destinan ingentes sumas para su cultivo, y se le considera de tan magna importancia para la marcha nacional, que, con ello sólo, se forma una de las ramas superiores del gobierno. Ciertamente que no vienen a llenarse con el arte necesidades materiales, mas si se llenan otras necesidades a veces tan atendibles y tan estimables cuanto aquellas, en la vida civilizada, puesto que genera mil recursos a la intelectualidad y abre anchas vías de actividad, en su íntima aplicación a las industrias.

Si entre nosotros aún no pueden propiciarse las modalidades más altas de la cultura estética, cree vuestra comisión

oportuno y ventajoso prestigiar su desarrollo rudimentario general, y con ésto se irán preparando sus altos cultivos a medida que se forme el ambiente de que han menester: la divulgación del buen gusto y de la educación artística.

Las derivaciones del funcionamiento de una Escuela, en las condiciones que se proyecta, son múltiples y muy complejas; podría decirse que son indefinibles, sobre todo si se dedica a las aplicaciones del arte a la industria, que es la forma verdaderamente práctica y más adecuada para nuestro país, como medio de iniciación. Esta forma, por lo demás, se halla perfectamente encuadrada en el movimiento moderno que tiende, en todas partes, a universalizar el arte, haciendo que todo producto industrial lleve su sello.

Son verdaderamente halagadoras las perspectivas de trabajo y de progreso que se diseñan al pensar en la variedad infinita que pueden tener sus aplicaciones a las industrias nacies del país, y a las que su propio desarrollo habrá de promover. La escuela no sólo habrá de procurar la mayor adaptabilidad y baratura de los productos, embelleciendo a la vez todos los objetos que nos rodean, sino que impulsará vigorosamente el desenvolvimiento industrial, dando trabajo y ocupación a muchos brazos, facilitando las corrientes inmigratorias y, a la vez, aumentando la cultura y la riqueza del país.

El temperamento nacional nos deja esperar un desarrollo artístico e industrial considerable, así que se le ponga en condiciones de adquirir en tal materia los conocimientos indispensables.

Sin optimismos, puede presumirse que, en breves años, el Uruguay habrá formado su propio criterio y su ambiente al respecto, y ésto contribuirá a modelar el tipo nacional, bien delineado y superior, lo cual significa un progreso efectivo, y muy estimable, como lo es todo lo que tienda a perfilar netamente la nacionalidad, de una manera elevada y consciente. Con el concurso que aportan las civilizaciones incorporadas al país, con la lozania de nuestro organismo social, las facilidades de existencia, las riquezas aún inexploradas

e inexploradas del territorio, y con las condiciones psíquicas que todos reconocen al uruguayo, no es aventurado pensar que esta nueva rama vendría a completar auspiciosamente la cultura del país, haciendo que nuestro tipo, en vez de tributario de otras civilizaciones, por deslumbrantes que fueren, encuentre dentro de sí los elementos y recursos necesarios para determinar su propia individualidad moral, una individualidad superior y bien adaptable al medio. Este debe ser uno de los anhelos de la cultura del país.

Además de las diversas Facultades superiores que tanto bien han producido en la intelectualidad nacional, habría una institución complementaria, más accesible a las clases menesterosas, en la que podría obtenerse instrucción fácil y práctica, aumentándose considerablemente la variedad de ocupaciones, y, fuera de la arquitectura, la escultura y la pintura, que en su faz superior serían acometidas por los elegidos, por los talentos excepcionales, surgirían vigorosamente las artes aplicadas, las artes decorativas que comprenden, puede decirse, la mayor parte de las manifestaciones estéticas, puesto que intervienen íntimamente en la edificación, en parques, jardines, en cerámica, tejidos, papeles, cristalería, en muebles, joyería, ebanistería, grabados, tallados, herrería, carpintería, albañilería, encuadernación, escenografía, ilustraciones, fototipia, zincografía, litografía, etc., etc.

El florecimiento industrial sería una consecuencia feliz y obligada de tales enseñanzas, y otra consecuencia no menos halagüeña sería formar la educación nacional artística, como coronamiento de nuestra cultura.

La Escuela de Artes y Oficios podría haber producido algunos de los beneficios que se esperan de la escuela proyectada, si se hubiera dedicado a la enseñanza del arte aplicado, puesto que se habría formado millares de artesanos hábiles capaces de secundar el movimiento industrial, cuando no de promoverlo. Dicha Escuela cuesta alrededor de cin-

cuenta mil pesos anuales y sólo da instrucción a unos doscientos alumnos.

Se ha optado por el pupilaje, que siempre es muy dispendioso y que no se ajusta a los fines del Estado, en esta materia sobre todo, cuando éste no tiene los medios de vulgarizar ampliamente los conocimientos esenciales; se ha planteado dicho establecimiento sin una organización adecuada, y de ahí que se hayan insumido fuertes capitales sin provecho positivo. Como casa de corrección no llena debidamente sus fines. Si se aplicara, en cambio, la suma anual invertida en esta institución, al funcionamiento de una escuela-externato de artes aplicadas, podría darse preparación a millares de alumnos, poniéndolos en aptitud de ocuparse en las distintas modalidades industriales.

Fuera de que es muy limitada la acción de la escuela, por razón del exiguo número de internos que puede educar, es demasiado cara esa forma de instrucción, resultando, en el caso feliz de que el pensionista aproveche la enseñanza — lo cual es más bien la excepción que la regla — alrededor de mil a mil doscientos pesos, lo que cuesta cada alumno.

Comprende vuestra Comisión que no es posible suprimir de un solo golpe aquella Escuela, pero sería llegado el caso de buscar soluciones en el sentido de utilizar lo más posible las sumas invertidas para mantenerla, aplicándolas a necesidades más sentidas.

Conviene tener presente, a la vez, que dicha Escuela, al adscribirse a los demás cometidos de la Comisión Nacional de Beneficencia y Caridad, no puede prosperar, puesto que no cuadra en los fines de tal institución de una manera franca y fácil, y, por lo tanto, no puede ser administrada como fuera de desearse. Es notorio que la Comisión referida ha hecho repetidas gestiones ante el Gobierno para que se la libere de tal cometido.

Aún cuando Vuestra Comisión está conforme en general con las prescripciones contenidas en el proyecto materia de este informe, ha creído conveniente eliminar de la ley todo lo que puede mejor ser motivo de reglamentación, la que a su juicio debe tener cierta latitud.

Por todo lo expuesto, os aconseja presteis sanción al adjunto proyecto de ley.

Sala de la Comisión, 10 de Julio de 1903.

Pedro Figari. — B. M. Cuñarro. — Francisco Miláns. — O. Solé Rodríguez. — Juan Smith. — J. Silván Fernández. — Francisco J. Ros.

Este asunto, así que salió de la H. Cámara, quedó olvidado. En 1910, cuando el Gobierno del doctor Claudio Williman me ofreció un cargo en el Consejo de la Escuela, acepté para defender mis convicciones sobre este punto, y después de presentar el plan de reforma a que antes me he referido, vista la imposibilidad de hacerlo triunfar me retiré del Consejo, no sin polemizar para demostrar la incompetencia del Director importado, así como lo inconducente de su plan. Creo que los hechos demostraron muy pronto la razón de mis asertos.

El año 1911, cuando ocupó el eminente conciudadano don José Batlle y Ordoñez la Presidencia de la República, por segunda vez, me hizo el honor de encargarme de un plan de organización de la cultura artística en el país. Presenté mis ideas generales sobre este asunto, y por razón de algunas desinteligencias ocurridas acerca de la mejor orientación a adoptarse, se aplazó este punto, hasta que nuevas exigencias de gobierno fueron demorando toda solución indefinidamente, a pesar de reiteradas gestiones que hice para definirla. Fué entonces que propuse al actual Presidente de la República, doctor Feliciano Viera, el memorandum que se hizo público. Excuso decir que nunca fué mi idea aceptar cargos directivos, sino, simplemente, hacer de modo que se adoptaran los mejores rumbos, que, a mi ver podían conducir a este pueblo a mejores destinos. (1)

(1) Tanto el gobierno del señor Cuestas cuanto el del señor Batlle y Ordoñez (durante su segunda administración), me ofrecieron la dirección de la

Bajo el epigrafe: « *El doctor Viera quiere divulgar la enseñanza industrial en todo el país* », al publicarse por los « Talleres Gráficos de El Siglo, La Razón y El Telégrafo », en hoja suelta, el memorandum y otros antecedentes relativos a la iniciativa de industrializar al país, la referida Empresa decía:

AL LECTOR

Las declaraciones hechas por el señor Presidente de la República en su manifiesto, respecto a su empeñoso y laudable propósito de prestar atención preferente a los intereses de la campaña y a la cultura industrial del país, comienzan a ejercer su acción, y pronto se traducirán en hechos. La entusiasta colaboración del Ministro de Industrias doctor Amézaga, que comparte aquellos anhelos patrióticos del doctor Viera, todo ello nos da la seguridad de que pronto ha de acometerse resueltamente la ejecución de esta iniciativa medular tan promisorá, la que va a atender directamente los intereses más preciosos y más vitales de la Nación.

Nosotros atribuimos una trascendencia particular a este orden de actividades oficiales, y creemos que una enseñanza práctica industrial, razonada, gradual y oportuna, puede transformar en breve tiempo la mentalidad y la producción nacional, desenvolviendo la riqueza pública por medio de una eficaz manipulación industrial, así como fomentando el espíritu de asociación y de cooperación en toda la República.

En el breve tiempo transcurrido desde que « El Siglo »,

Escuela N. de Artes y Oficios, ofrecimientos que decliné; y al manifestarle al señor Presidente de la República doctor Feliciano Viera, hallarme en el mismo estado de ánimo, me expresó que era yo quién debía llevar mi plan a la práctica y que, para hacerlo fructuoso, debía consagrarme a esta obra por ocho o diez años por lo menos. Ante las manifestaciones que expuso el señor Presidente doctor Viera para inducirme a aceptar, acepté, no sin saber que esto implicaba para mí la responsabilidad y la lucha, y también el sacrificio.

informado en fuente fidedigna, dió cuenta de que se hallaba a estudio del gobierno un plan de enseñanza industrial, con fecha 25 de Abril último, se ha estudiado y resuelto ya su adopción en general. Según se nos informa ahora, se enviará de un instante a otro el respectivo mensaje al Cuerpo Legislativo.

Esta Empresa, celosa como siempre en el servicio de información, y dispuesta a secundar lo más posible toda gestión hecha a favor de intereses tan importantes como son éstos, desea dar la mayor publicidad a dicho acontecimiento, y para ello inserta aquí todos los antecedentes del mismo, como medio de divulgarlos más y como una palabra de aliento llevada a todos los extremos de la República, donde los pobladores claman de mucho tiempo atrás por una reforma que les permita mejorar de condición.

Publicamos el suelto aludido, el reportaje hecho por *La Razón* (Sección de la Campaña) al doctor Pedro Figari y el plan de reforma, con la exposición de motivos que lo fundamenta, el que, como una verdadera primicia periodística ofreció la sección de campaña de *La Razón* a sus lectores. Con estos antecedentes se podrá formar una idea general respecto de la entidad de la iniciativa que en estos momentos se encamina a dar debida satisfacción a aspiraciones nacionales tan legítimas y tan sentidas como son las que motivan la referida obra.

ESCUELAS ELEMENTALES DE INDUSTRIAS

Reorganización de la Escuela N. de Artes y Oficios

(Suelto de «El Siglo» del 25 de Abril de 1915)

Con motivo de una iniciativa sobre el particular, que tiende a realizarse ampliamente en la capital vecina, hacíamos días pasados algunas consideraciones relativas a la conveniencia de crear en nuestro país escuelas industriales elementales. Hoy llega a nuestro conocimiento que esa idea por nosotros

prestigiada había sido ya recogida ⁽¹⁾ por el doctor Pedro Figari, quien, hará unos veinte días, presentó al Ministerio de Industrias un proyecto acompañado de interesantes y acertadas consideraciones — que tiende a realizarla en algunos de sus aspectos, proponiendo además la organización sobre nuevas bases de la actual Escuela de Artes y Oficios. Es el propósito del doctor Figari fomentar por medio de la creación de numerosas escuelas profesionales elementales el desarrollo y perfeccionamiento de ciertas industrias que aún se hallan en estado embrionario en nuestro país. Esta desinteresada y patriótica iniciativa fué entusiastamente acogida por el doctor Amézaga, y lo fué con tanto más motivo, cuanto que el ilustrado Ministro de Industrias venía desde hace algún tiempo preocupándose del punto y estudiando el modo de realizar en la mejor forma la creación entre nosotros de los mencionados centros de enseñanza.

También el doctor Viera, a quien el proyecto fué presentado en el acuerdo de ayer, lo acogió con simpatía, preocupándose especialmente de que sus beneficios se extiendan también a la campaña, con cuyo objeto se harán los estudios necesarios. La idea marcha, pues, a una franca y benéfica realización.

Mucho debe esperarse de ella.

La creación en todo el país de numerosas escuelas elementales de industrias, a las cuales puedan concurrir todos los obreros para completar los conocimientos que les proporciona la enseñanza primaria, dándole a ésta un carácter práctico que la haga auxiliar del operario en su labor diaria, será de ingentes beneficios, no solamente para esos obreros mismos, sino también para el país en general.

(1) Como se verá, la idea que informa el plan no tiene ningún parentesco con las instituciones a que la dirección de *El Siglo* se refiere, pues, es la misma que se proponía desde el año 1903.

REPORTAJE AL DOCTOR FIGARI

(*La Razón*, Sección de la Campaña, del 21 de Mayo de 1915)

Sobre la pista

Se dijo en la prensa, hace unos días, que el gobierno se interesa vivamente en un proyecto del doctor Pedro Figari, que tiene a estudio, sobre reorganización de la enseñanza industrial, con proyecciones para la campaña.

A fin de poder informar más concretamente a los lectores de esta sección, es decir, a los rurales y a los que, se interesan por el progreso de nuestra gente de campo, que hartos lo sabemos, están cansados de esperar que se ocupen de ellos seriamente, fuimos a interrogar al doctor Figari; y he aquí el resultado de la entrevista:

F. — Efectivamente, nos dijo, he presentado al Gobierno un plan general de instrucción industrial, y es también cierto que dicho plan fué bien acogido, tanto por el señor Presidente cuanto por el Ministro, doctor Amézaga. El gobierno del doctor Viera está empeñado en llevar hacia la campaña su acción preferente para impulsar su progreso de un modo decisivo, en la sabia inteligencia de que los intereses rurales son nuestros más vitales intereses. Esto acusa que ha considerado, como verdadero estadista, las necesidades más premiosas y fundamentales del país. Estas son necesidades tan orgánicas, que no pueden ser confiadas al recurso político o financiero, simplemente. El doctor Amézaga comparte enteramente este mismo modo de pensar patriótico y previsor, y anheloso como está de atender tan trascendental orden de intereses, estoy seguro de que procederá con la amplitud y la decisión requeridas para llevar a buen término la reforma. Cabrá, pues, a esta Administración el envidiable honor de tomar una iniciativa tan esencial como fecunda, para la cultura general y progresiva del país.

De completo acuerdo

R. — Crea que esta noticia me llena de satisfacción; y tengo la seguridad de que será acogida con íntima fruición por nuestros rurales. Era tiempo ya de que el gobierno se preocupara de una necesidad tan sentida y tan fundamental. Ya sabe usted cuán empeñado estoy en demostrar que la campaña merece una atención especial, por su propia importancia.

F. — Lo se; y créame que comparto sus convicciones, y sus anhelos y entusiasmos a ese respecto. La campaña progresa, es verdad; pero progresa muy lentamente. Fuera de algunos centros, que son la excepción, conserva los viejos cánones de vida y de producción, por demás primitivos, los que están lejos de guardar relación con los progresos urbanos. Hay extensiones enormes, donde ni siquiera puede advertirse una manifestación clara de aprovechamiento de los grandes recursos de acción alcanzados en nuestros días. Desespera el ver la incuria y la incapacidad en que vegeta el poblador, quien, a pesar de tener ocupadas grandes extensiones de tierra, vive dentro de una impotencia, de una estrechez más que franciscana... y bien, semejante atraso se debe: 1.º A la falta de instrucción práctica, que no permite intensificar el esfuerzo; 2.º A la carencia de estímulos sociales lo que anula el propósito de mejoramiento; 3.º A la falta de comunicaciones.

Orientación del plan

R. — ¿Podría decirme, en líneas generales, a qué tiende el plan en lo que atañe a la campaña? Esto tiene un valor singularmente apreciable para mí, y para mi sección de propaganda periodística.

F. — El plan tiende, por un lado, a promover la multiplicidad de formas de producción industrial compatibles con el ambiente, esto es, las más adecuadas; y, por el otro, a crear

estímulos sociales capaces de conmover el quietismo campero, el que no se debe a causas fatales, sino al abandono en que viven los pobladores relegados a sí mismos. La enseñanza que reciben, como que es esencialmente teórica, no basta a modificar el ambiente; para eso es menester dar nociones prácticas de producción, o sea, «formar productores», y, además, dar alicientes al trabajo, a la acción, que es mejoramiento progresivo. Lo uno y lo otro es igualmente indispensable para fomentar y ver floreciente el espíritu de empresa y de asociación en campaña, donde los pobladores viven casi como ermitaños. Hay que procurar que entre «aire, luz y agua» en la morada de campo, la que, por una ironía, hallándose en plena naturaleza, en el reino mismo del sol, está desprovista de todo eso que es esencial. Hasta que el poblador no sienta el deseo de mejorar su propia condición; mientras vivan como viven, tienen que sentirse inclinados al pasivismo pesimista, que engendra el desamparo... Y ¿cómo esperar que se esfuercen en producir y mejorar, cuando, todavía, lo propio que producen ni pueden en muchos casos llevarlo a la Estación?... Esto lo sabe usted mejor que nadie, mi distinguido amigo.

Somera idea de realización del plan

R. — ¿Puede decirme cómo se operaría esta forma de instrucción práctica?

F. — Le daré una idea somera sobre este punto; después podrá ver usted el plan de un modo más preciso y detallado.

Para alcanzar aquel resultado habría que proceder por medio de una diversidad de recursos, congruentes y apropiados, a forjar la «industriosidad» y la «sociabilidad» de los alumnos (me refiero a todos los habitantes, porque todos van a sentir las influencias de este régimen, directa o indirectamente) en la inteligencia de que lo uno y lo otro debe ser cuidado al mismo tiempo en todas las manifestaciones de la enseñanza, si acaso es posible separar el espíritu industrial del espíritu sociable. Otros resortes del plan, tenderían tam-

bién a estimular al estudio y al trabajo, y a propiciar las formas de asociación: concursos, exposiciones, ferias, festejos, etc. La actual Escuela de Artes y Oficios, hoy circunscrita a enseñar a un reducido número de alumnos, tendría que convertirse en un centro de información y de preparación general, abierto ampliamente al externato, y frecuentado por todos los que necesitan un conocimiento, un dato, un antecedente o una preparación industrial, sean hombres o mujeres, sin excluir naturalmente a los obreros, ni a nadie que se someta al orden del establecimiento. Debe, al contrario, atraer a todas las personas deseosas de aprender, sean quienes fueren. Al propio tiempo, en este centro se daría instrucción industrial a los maestros de Instrucción Pública Primaria, según sus aptitudes, a fin de que puedan enseñar y preparar el ingenio de los alumnos para las mil manifestaciones de la vida industrial. Esto, así como una rotación bien dispuesta, iría diversificando las formas de instrucción productora en todo el territorio de la República, y, a la vez, iría intensificando dicha instrucción, para que cada cual pueda encontrar las formas de producción más apropiadas a sus aptitudes y direcciones productoras. En cuanto a la orientación pedagógica, es la misma que propuse hace varios años para reformar la Escuela de Artes y Oficios. (1) Para apresurar lo más posible el desarrollo del plan, podría crearse además un cuerpo especial de maestros, a fin de formar centros productores allí mismo donde no tengan escuelas; que tengan esto, siquiera sea... Por otra parte, para secundar el propósito, se nombrarían Comisiones departamentales, seccionales, vecinales, que cooperasen, y se llegaría pronto así a irradiar por todo el país un espíritu de actividad saludable, multiforme, tendiente siempre a asociar, a mejorar la vida rural y a aprovechar las riquezas naturales. Hay que estimular vigorosamente a la producción, y hay que preocuparse mucho, también, de las industrias femeninas...

(1) Véase el folleto: «1910—Reorganización de la Escuela N. de Artes y Oficios».

Engarces admirables

R. — Me parece práctico y promisor el plan... y se me ocurre que las Comisiones de Fomento, ya creadas, podrían servir admirablemente a secundar esta iniciativa, porque hay en ellas fines paralelos, y hasta convergentes...

F. — Su idea es excelente. Dichas Comisiones, ya organizadas, y formando un organismo vivo, robusto, dispuesto a actuar «prácticamente» y «fecundamente», no como muchos otros organismos que, por su propia estructura, no pueden hacer más que vegetar; dichas comisiones, digo, serían más que aliadas, entidades que se identifican con la causa de la instrucción industrial, en lo que toca a la campaña, por lo menos. Ya habría eso ganado;... y vea usted en esto mismo una comprobación acerca de este hecho: lo que es positivo y práctico, siempre ajusta bien con la realidad, sin determinar antagonismo alguno...

El nudo de la cuestión vivienda rural

R. — Al contrario; lejos de haber antagonismo en este caso, hay una gran afinidad; y me agrada verlo, así como que usted encuentre que es aprovechable esa institución, para dar mayor vuelo a su plan de mejorar la vida de campaña. Ahora, permítame que vuelva al punto de partida. Usted tocaba dos puntos que tienen gran interés para la campaña: la vivienda rural y los caminos. Habrá visto que lo primero ha sido recientemente materia de un proyecto...

F. — Es cierto; y he visto también su crítica. Realmente, es muy simpático el propósito que inspira el proyecto del diputado Martínez Thedy, pero creo, como usted, que no es practicable en esa forma. Dicho problema no se resuelve tampoco por el simple arbitrio de «dar» viviendas mejores. No basta mejorar la vivienda: lo indispensable es modificar «el género de vida» del poblador. El recurso de la buena vivienda hay que conectarlo con otros factores con-

vergentes de cultura, si se quiere determinar una evolución en la vida rural, que es lo que interesa esencialmente al país, y al propio poblador. Una vivienda, para el que no sabe o no tiene estímulos para bien vivir, cae en abandono y se convierte en mala, por buena que ella sea. Hay que dar incentivos a la vida para que se mantenga latente el empeño de mejorar de condición; es necesario dar recursos, y también ideales, al poblador, para que él «pueda y quiera» elevarse económica y socialmente. La vida, hoy, no ofrece halagos para la gente de campo. Expuesta a todas las inclemencias y deficiencias de la vida primitiva, puede decirse; relegada a una mentalidad solo conmovida por una instrucción teórica, cuyo alcance práctico ni pueden vislumbrar siquiera ¿con qué contar para que se opere una transformación de sus usos inveterados, si carecen de todo? Nosotros, los urbanos, al deslizarnos por el asfalto de nuestras avenidas, protestamos si un desnivel cualquiera nos da la desazón de un barquinazo. Aquí tenemos aguas corrientes potables, luz y energía eléctrica, asistencia, teatros, fiestas, paseos, y lo demás que caracteriza la vida de las metrópolis modernas; no obstante, todavía ambicionamos más. No es raro que, repantingados en un sillón inglés, divaguemos con los mayores recursos y lujos de las grandes capitales. . . . ; Qué desigualdad!

Efectos inmediatos del plan

R. — ¿Piensa usted que será fácil obtener un resultado inmediato, con la aplicación de su plan?

F. — Claro que pasó ya el tiempo de pensar en milagros; mas, para dar, aunque sea, algún sentido a la existencia que se lleva en el campo, bastará con procurarles a los pobladores algunas nociones prácticas de producción, de higiene, de economía, nociones adecuadas, a fin de que desde ya puedan palpar las ventajas del esfuerzo ampliamente compensador. Así conseguiremos el doble fin de cimentar vigorosamente nuestra cultura productora «progresiva», y el de propender

a que el ambiente social y productor se encaminen, francamente, dentro de un optimismo fecundo. Dado el impulso inicial, que es lo que urge, lo demás vendrá como una consecuencia tanto más promisoras cuanto que hay que contar, también, con la inteligencia proverbial de nuestros buenos paisanos. No llegaremos pronto al grado de cultura a que han llegado los campesinos escandinavos, por ejemplo, pero surgirán múltiples formas de producción industrial insospechadas, que harán prosperar a muchos que hoy vegetan en un pasivismo infructuoso. Al propio tiempo que estos factores han de contribuir poderosamente al mejoramiento de nuestras industrias matrices, la ganadería y la agricultura, forjarán aptitudes diversas, capaces de utilizar nuestras materias primas que se pierden en gran cantidad, sin provecho para nadie: plumas, pieles, aspas, crines, huesos, vísceras, vegetales, textiles, etc.; se producirá mucho más en frutas, legumbres, flores, y se sacará más partido de otras substancias preciosas: leche, madera, cuero, lana, etc., que hasta ahora se han aprovechado insuficientemente. Nuestras amatistas, por ejemplo, se han exportado en su casi totalidad, sin apreciar su valor, como ocurre también con nuestras ágatas. Está indicado el poner pronto remedio a todo esto, que significa pérdida de riqueza, por un lado, y ausencia de cultura, por el otro. Nuestras tierras semidesiertas, esperan el brazo fecundador, lo mismo que nuestros minerales, embotados en sus entrañas, esperan ver la luz del sol.

Equidad y previsión

R. — Se ve perfectamente cómo se haría obra social y económica, casi en forma simultánea. Intensificación general de la producción, mediante la instrucción necesaria para ello, y esto en forma práctica y sencilla, empezando por lo más elemental.

F. — Precisamente: es preferible que se inicie la difusión de las formas elementales de producción, en todo el país, a que se busquen «genios» en las ramas superiores, suntuo-

sas. Esa es, por lo demás, la manera de ir más aceleradamente a la consecución de nuestras formas mejores de evolucionar. ¿Qué se puede esperar de bueno en un régimen que pretende colocar a nuestra metrópoli en la condición de ciudad capaz de rivalizar con las más adelantadas del Viejo y Nuevo Mundo, al propio tiempo que la campaña permanece haciendo una vida casi primitiva? Es ésta, sin embargo, la que tiene que sustentar fundamentalmente el peso de las conquistas urbanas, y esto mismo, nos hace sentir los deplorables efectos económicos que periódicamente nos afligen. Para que el rural pueda soportar la carga creciente que le exigen los progresos generales, y los urbanos muy principalmente, — porque es la capital la que toma la parte del león — sería preciso que aquél fuera «intensificando progresivamente» su producción; y ¿cómo ha de hacerlo, si queda librado, puede decirse, a su propio esfuerzo en cuanto a formas de producción se refiere, lo mismo que a lo demás? La campaña y la ciudad, deberían marchar, por lo menos, en planos paralelos, no sólo como una manifestación de la realidad de las instituciones republicano-democráticas que nos rigen, sino, también, como el medio más adecuado de atender nuestras propias conveniencias... porque, como ocurre siempre, lo razonable y lo útil se hermanan enteramente.

El productor olvidado

R. — Es perfectamente exacto: la República, hasta ahora, para ciertas obras, sólo ha estado representada por la capital, el resto del país... una colonia encargada de sostener al todo.

F. — Es verdad que desde el punto de vista productor, no está mucho más atendido el habitante de la ciudad. Parece que todo se hubiese considerado por el estadista menos al productor, con ser elemento angular, el que fundamenta la economía nacional. Pero, en lo que toca a las formas de producción rural, las deficiencias son verdaderamente deplorables. Así, la alfarería, por ejemplo, era una industria pre-

colombiana en estas tierras, y hoy, en toda nuestra campaña no se hace, que yo sepa, una olla o un cántaro. Son precisamente las industrias primarias y las más útiles, las que deberían practicarse ante todo, para preparar los desarrollos evolucionales. Es por esto que hay que empezar, donde nada hay. Inspirar la diligencia, el orden, la economía, la higiene, el deseo de vivir de la mejor manera posible, sería un paso ya muy estimable en la vía del progreso nacional, y esto es lo que lógicamente debe hacerse para cimentar con solidez nuestros progresos. Yo comprendo las impacencias; pero no son ellas las que nos acercan más a la finalidad. Al revés, muy a menudo nos retardan, cuando no nos desvían... Es que nunca basta, por sí solo, el buen deseo.

Optimismo del doctor Figari

R.— Sobre todo, nosotros debemos empezar por reconocer que todo lo que existe se debe a las iniciativas y capitales privados, que han luchado con dificultades mil y, sin embargo, han hecho obra meritoria. ¿Cómo no se haría otra «patria» con esa protección real, práctica, continuada!...

F.— Hay que despertar el ambiente campero a la acción, al trabajo remunerador, dignificador; y cuando se vea que comienzan a transformarse las viviendas, con el empeño de hacer grata la vida; cuando se vean rodeadas de jardines y huertas, esas moradas hoy huérfanas, y las familias diligentes, congregadas en el trabajo; cuando se vea a los vecinos reunidos, con el fin de procurarse un motor, un molino de agua, un torno, un telar o cualquier otra cosa que implique un propósito de producción cooperativa, más reditivo y superior; cuando se celebren ferias, concursos y festejos, ya sea en las ciudades o en plena campaña, donde los expresos baratos permitan acudir a aprovisionarse de aves, hortalizas, flores, dulces, conservas, etc., etc., todo lo que hasta puede concurrir al abaratamiento de la vida urbana, cuando la Capital, que tiene mayores facilidades para asimilar progresos, se esmere en irradiarlos por todo el país, en vez de conges-

tionarse; cuando todos, por igual, se sientan apoyados por la acción oficial, irán prestando su concurso a la obra redentora de que le hablo, puesto que nadie permanece insensible a los halagos de un progreso cuyos beneficios pueden palpase, y el país se transformará cada vez más intensamente, como por encanto...

Un problema grave y complejo

R.—Me complace mucho encontrar optimistas... ¿De modo que ésto, que para tantos parece ser un sueño, es para usted un ideal realizable?

F.—Así lo creo firmemente, por mi parte.

R.—... Y ¿los caminos?

F.—Ese es un « punto negro » nacional, y lo es para casi todos estos nuevos países de Sud América. Es la gran obsesión, la pesadilla de los que conocen la campaña. . . . pero, no es este un problema que pueda ser resuelto por una sola medida, sino por una serie de concursos tenaces, oficiales y privados, que lo vayan desbastando hasta llevarlo a buen término. Desde luego hay que crear el « órgano de conservación », que vigila y cuida solícitamente, porque eso de pensar en una solución radical, eso sí que es sueño irrealizable. Puedo asegurarle que también a mí me interesa este rompe-cabezas, así como advertirá que el plan de que hemos hablado, por su parte, conduce, aunque en forma indirecta, con bastante eficacia a aquella solución. Algo se ha hecho ya, pero es mucho más lo que falta hacer; yo sigo pensando. . . y permítame que, por hoy, pongamos punto final sobre este tema, para conversar de cualquier otra cosa...

CULTURA PRÁCTICA INDUSTRIAL

Memorandum provisional

Lo que debe hacerse

1.º Transformar la Escuela Nacional de Artes y Oficios en centro de preparación e información general, de amplio ex-

ternato, agregando a esos cometidos la propaganda, destinada a prestigiar las mejores formas de producción nacional en todo el país. Dicho centro, abierto por igual a todos los que deseen aprender o informarse, hombres y mujeres, prepararía además al personal de la Instrucción Pública Primaria para que éste, a su vez, pueda formar el carácter industrial del alumno, al propio tiempo que lo instruye teóricamente.

2.º Los maestros y maestras deben adquirir conocimientos prácticos de producción, según sus aptitudes, a fin de que, al rotar, puedan difundir en todo el país formas múltiples de producción razonada. La reglamentación dispondrá lo necesario para que la distribución de esta enseñanza se haga del mejor modo posible en todo el territorio de la República.

3.º Al mismo tiempo que se tienda a mejorar las grandes industrias nacionales, debe promoverse la mayor variedad posible de pequeñas industrias complementarias, comenzando por las más fáciles y apropiadas, a fin de que se adviertan inequívocamente las ventajas del estudio y del trabajo. De este modo, empezando por lo que es más simple y útil, fuera de obtener en el país un ambiente más optimista y práctico, podrá hacerse una selección juiciosa tanto en la dirección de las iniciativas industriales aptas para prosperar, cuanto en las aptitudes personales aplicadas a servir las.

4.º Para empezar, podrían iniciarse los cursos que cuentan desde ya en el país con profesionales o industriales capaces de enseñar, teniendo siempre muy presente que, para no malograr el propósito primordial de esta institución, deben impulsarse en primer término las industrias más fáciles y más redivas, así como que conviene dar preferente atención a las formas industriales que aprovechan nuestras materias primas. También deben merecer atención especial las industrias femeninas, tanto en la capital como en campaña.

5.º Para impulsar el espíritu de industrialidad nacional, podría intentarse desde luego el ensayo de las ramas siguientes de producción, en sus formas rudimentarias:

Cuero: Curtido, teñido, repujado, trenzado, para aperos,

monturas, arreos, látigos, cojines, estuches, carteras, valijas, zuecos y demás formas de calzado, carpetas, encuadernación, etc.

Crin, paja, esterilla, caña, mimbre, bejuco, bambú, junco, cáñamo, esparto, alambre, etc.: Corte, armado, trenzado y tejido: para cepillos, escobas, esteras, pantallas, parasoles, canastos, cestas, sombreros, muebles, fiambreras, pajareras, cedazos, jardineras, cuerdas, envases, cache-pots, etc.

Lana, lino, algodón. — Limpiar, preparar, teñir, tejer: para jergas, fajas, gorros, redes, macramé, cinchas, colchones, frazadas, cojines, medias, toallas, toldos, carpas, colchas, carpetas, vestidos, ropa blanca, pasamanería, puntillas, bordados, encajes, etc. Corte, surcido, cosido, planchado, lavado, engomado, etc.

Aspas y huesos: Cabos de cuchillo, navajas, herramientas, bastones y paraguas; botones, peines, cortapapeles, boquillas, abanicos, adornos; tallado, torneado, cincelado, etc.

Plumas: Limpieza, preparación, teñido; Duvet para almohadones; plumeros, etc.

Pieles: Su preparación para industrias de abrigo.

Aves, liebres, conejos, pescado, etc.: Conservas, salazón, ahumados, escabeches, etc.

Carnes y vísceras en general: Formas diversas de aprovechamiento y conservación; jamones, embutidos, grasas, jabones, velas, etc.

Avicultura, apicultura, piscicultura, sericicultura, fruticultura, floricultura: Nociones prácticas, elementales; podas, injertos, etc.

Frutas, legumbres, etc.: Conservas en general, turrones, compotas, jaleas, confites, etc.

Leche, miel, huevos, etc.: Quesos, cremas, cuajadas, manteca, caseína, dulces, caramelos, yemas, bombones, etc.

Aceites, vinagres, perfumes, refrescos, licores, etc.: Su fabricación.

Arboles florestales: Su plantación y cuidado; abonos naturales y químicos, etc.

Maderas: Corte, preparación, tallado, torneado, calado, es-

culpido, ensambladuras, empalmes, machihembres, encolados, encerados, lustrado, barnizado, etc., para estanterías, camas, catres, baules, cajas, armarios, sillas, y demás muebles; escaleras, bancos, cercos, verjas, balaustradas, tranqueras, portones; carretillas de mano, carros, toneles, puertas y ventanas colmenas, gallineros, cobertizos, cigüeñas, instrumentos de labranza, pisos, marquetería, etc.

Juguetes: De plomo, madera, trapo, hojalata, cartón, etc. (Adviértase la importancia de esta rama extraordinariamente apropiada a la industriiosidad femenina).

Pintura y escultura: Formas simples de decoración.

Tipografía, zincografía, litografía, grabado, aguas fuertes, galvanoplastia, etc.: Nociones.

Alfarería: Ollas, vasijas, ánforas, cántaros, envases, baldosas, macetas, hornallas, ladrillos, tejas, ménsulas y demás objetos y adornos.

Cerámica, esmaltes, vidriería, orfebrería, etc.: Vajillas, azulejos, cabujones y demás objetos y adornos (entre otros « vitraux ») cuando no requieran más que rudimentos de modelado y dibujo.

Metales: Corte, soldaduras, remaches, fundición, temples, repujados, torneados, forjados, para herrajes y cerrajes simples, goznes, visagras, etc.: construcción de utensilios y herramientas, sierras, tijeras, podadoras, injertadoras, etc.; aprovechamiento de los envases para pequeñas construcciones (bebederos de aves y animales domésticos, hornosbraseros, trampas, rayadores, etc.), candeleros, candelabros, y arañas, jardineras, verjas, repisas, ceniceros, alhajeros, « vide-poches » etc., etc.

Granito, mármol, areniscas, ágatas, amatistas, pórfido, etc.: Tallado, mosaicos rudimentarios para diversas aplicaciones, etc.

Construcción: Formas elementales con barro, madera, ladrillo, cemento armado para tanques, bateas, piletas, chimeneas, aleros, etc.

Aunque se trate de simples rudimentos de arte industrial y decorativo, debe tenerse presente la conveniencia de en-

caminar su enseñanza dentro de las sendas más positivamente científicas, en la inteligencia de que estas prácticas elementales servirán asimismo de base angular a las formas ulteriores de producción nacional, que se irán enseñando progresivamente, y que el mayor o menor vuelo de su evolución dependerá, precisamente, de la efectividad de la cultura cimental en que repose. La orientación que se adopte en los comienzos, es pues, de importancia fundamental.

6.º Fuera de la enseñanza confiada a las escuelas rurales, debería enviarse maestros a los vecindarios donde no hay escuelas, a fin de darles, por lo menos, algunas nociones teórico-prácticas y algunos recursos de producción. A tal efecto podría constituirse un cuerpo de maestros ambulantes, encargado de recorrer dichos vecindarios.

Estos maestros tendrían como principal misión la de constituir centros productores congruentes con las modalidades y calidad de las materias primas regionales, y, como cometido complementario, el dar nociones prácticas de «higiene» (modo de prevenir y combatir las infecciones; de destruir los insectos dañosos, demostrándoles las ventajas del aseo personal, de la habitación, de los animales domésticos y de corral, etc.); de «economía» (ventaja y posibilidad de agregar al cuidado que demandan la ganadería y la agricultura, otras formas complementarias de producción que hasta pueden contrarrestar los efectos de un «mal año»; la conveniencia que hay en producir «más y mejor», para mejorar de condición; solidaridad entre el poblador, el vecindario y el Estado; conveniencia de cuidar de las sendas, caminos, puentes, calzadas, desagües, etc., de uso común); y de «estética racional» (demostrar prácticamente cómo el orden, la previsión, el aseo y cuidado de la vivienda son más eficaces y más fundamentales para el esteticismo doméstico, que el boato y la ostentación; demostrar en igual forma cómo puede obtenerse por medio del árbol, la planta y la flor un resultado muy superior al de los nimios arbitrios de afectación, así como demostrándoles también las consecuencias beneficiosas que emergen de un ambiente grato, tanto para

los moradores cuanto para el vecindario, y para cimentar la vida de sociedad, etc.).

7.º Siendo esta forma de instrucción de efectos tan profucos como inmediatos y evidentes, es de esperar que todos presten un decidido apoyo, desde que van a participar, directa o indirectamente, todos por igual de sus beneficios; y, para dar un impulso más general y vigoroso en todo el país, podrian organizarse comisiones departamentales, seccionales y vecinales, destinadas a facilitar y secundar esta obra de transformación de la actividad productora nacional. Dichas comisiones tenderian a propiciar la enseñanza práctica en sus respectivas regiones, y a estimular a los vecindarios desprovistos de escuelas, para que se acojan a los beneficios de la enseñanza de modo que, en el caso de no poderse costear por los fondos de la institución central todos los gastos que ella demande, propongan las condiciones en que se hallarian dispuestas a coadyuvar a dicho propósito.

Esta doble acción, al llevar a todos los extremos del territorio una instrucción práctica, y fácil de aprovechar, y, al dar coparticipación en la dirección y vigilancia a todos los centros poblados, ofrecerá un estímulo saludable a los habitantes de campaña, por lo común privados de toda acción directriz, relegados a sus propios recursos, y no por eso menos compelidos a contribuir a todas las cargas públicas.

8.º Si se quiere crear un espíritu realmente activo y productor en la campaña, es preciso establecer estímulos «sociales», como alicientes indispensables para despertar al estudio y al trabajo. A ese efecto, podrian celebrarse periódicamente ferias, exposiciones, concursos con premio, entre otras cosas, por ejemplo, a la mejor vivienda rústica, al mejor jardín, a la mejor huerta, a la mujer más laboriosa y hábil, la más virtuosa, la más bella, etc. Con estos motivos se asociarian los vecinos y celebrarían festejos locales, todo lo cual serviría de propulsor sociable, y concurriría a conmover el quietismo infecundo del ambiente campero, debido, precisamente, a la carencia de aquel orden de estímulos.

9.º Para mejorar la vivienda de campaña, podrian reali-

zarse concursos de arquitectura rural, que dotasen de tipos de construcción apropiada, racional y práctica, con los elementos constructivos del país — sin excluir el terrón y la paja — ya sean de un solo material o mixtos, tratando de conciliar su practicabilidad con su esteticismo, y tomando nota de todo lo que pueda servir a dicho fin: la manera de orientar, de decorar, y de ordenar la huerta, el jardín, el cerco, etc.

10. Con igual propósito, podrían realizarse sucesivamente muchos otros concursos, por ejemplo, para proveer a los campesinos de un modelo de botiquín y de una caja de herramientas, con las respectivas instrucciones para el empleo; un modelo de telares, de torno, de tonel para agua, de programas de recreo y fiestas camperas, etc., etc., todo lo cual serviría, a la vez, para ejercitar la mentalidad nacional con criterio propio, y para examinar y satisfacer de igual modo nuestras verdaderas necesidades y conveniencias regionales, en vez de proceder por imitación, etc., etc., etc.

Montevideo, Marzo de 1915.

Pedro Figari.

FUNDAMENTOS DEL PLAN

Hace ya muchos años que se siente la necesidad de despertar de su indolencia habitual a nuestro poblador de campaña, sin que las tentativas hechas en tal sentido hayan obtenido éxito.

Para lograr que nuestro productor alcance un grado de diligencia y de competencia que le permita intensificar sus formas de acción, es preciso no sólo instruirlo sino también estimularlo. La instrucción misma requiere ser práctica, aunque razonada, más bien que teórico-abstracta, cuya aplicación resulta punto menos que imposible. Hay que enseñarlo «a producir riqueza» y hay que darle «alicientes» para inducirlo al trabajo, puesto que, de otro modo, no podrá es-

perarse una evolución sensible en sus formas ordinarias de acción. Bien vale la pena, por lo demás, de que el Estado se preocupe seriamente de este factor tan importante en la economía integral de la nación, el propio que nos sirve para atender necesidades y aspiraciones cada vez mayores. No sólo es hábil el cuidar de este sustentáculo fundamental e insustituible del organismo nacional, sino hasta humanitario hacerlo.

Ante todo, es menester formar el «ambiente productor nacional». Para ello no basta que haya un alto porcentaje de «hombres instruidos»; es preciso que haya un gran promedio de hombres que «sepan» trabajar y que «quieran» trabajar, a fin de que el espíritu de empresa y de asociación pueda determinar las formas cooperativas del esfuerzo productor «progresivo», puesto que, de no ser así, se embotan las mejores iniciativas en el pasivismo y la indiferencia del ambiente campero, y los más animosos, ellos mismos no encuentran más camino que el de la ciudad, para desarrollar más fácilmente sus actividades. En la ciudad, aunque se haga una vida más activa, generalmente se vive no como productores, sino como intermediarios «auxiliares» del productor, cuando no parasitariamente a su espalda.

Se ha pensado que las culturas intelectivas superiores, especulativas o industriales, podrían determinar un gran cambio en la acción productora; pero no ha resultado así. Es que el pueblo sólo puede transformarse por evolución, y toda forma evolutiva, como que se opera necesariamente pasando de lo simple a lo complejo, exige que el esfuerzo proceda en forma gradual, porque si es posible acelerar este proceso, no se le puede invertir provechosamente.

Para iniciar, pues, de un modo racional la cultura artístico-industrial del país, hay que fundamentar lo más y lo mejor posible «la base», comenzando por las formas rudimentarias de arte utilitario, múltiples y muy difundidas, a fin de ir desde allí por selección de direcciones y de aptitudes, hasta lo complejo, intenso. A medida que el ingenio se esgrime en las formas simples de producción, va revelando

poco a poco, «criteriosamente», nuevas perspectivas viables, y mayores aptitudes, si las hay, para intentar, en terreno conocido, otros ensayos de expansión y mejoramiento: así es que se opera la evolución. Tal proceso, genuinamente natural y racional, tiene además la irremplazable ventaja de realizarse en forma «constructiva», esto es, de una manera firme y progresiva, en tanto que, por medios inadecuados, se marcha al azar, expuestos a cualquier fracaso.

Dentro de la forma evolutiva, cada uno va aquilatando sus vocaciones y aptitudes, inequívocamente. Los ensayos juiciosos, como una serie de tamices, van colocando a cada cual en su plano, «al demostrarle lo que puede hacer mejor»; van ordenando, a la vez, las direcciones industriales por sus vías más seguras y prolíferas; y, todavía, lo más halagador, es que al propio tiempo que se van seleccionando así aptitudes y direcciones productoras, «se plasma el ambiente regional consciente», en el que las diversas culturas y las propias modalidades sociales no son ya exotismos y afectación, sino frutos espontáneos del medio. Bien, pues: este resultado es el más promisor, tanto moral como materialmente, por cuanto el carácter superior de un pueblo y su mismo bienestar emergen, precisamente, de dicho ordenamiento.

Muchas otras ventajas derivan de este modo de encarar la cultura general del país: la mayor difusión de sus beneficios; un mayor optimismo para considerar el resultado probable de un esfuerzo productor; el abaratamiento de la vida, incompatible con las culturas suntuosas, o simplemente prematuras, etc., En las mismas naciones más aristocráticas, de larga tradición, se lamenta el culto del lujo, y se palpan, cruelmente a veces, los efectos perniciosos del proletariado intelectual — consecuencia ineludible de este desvío — donde se esterilizan verdaderas legiones de elegidos. Pero, allá, si estas formas culturales tienen una explicación, siquiera sea, aquí ni eso tienen, porque no responden a ninguna necesidad ni a ninguna tradición propia; y, por lo demás, ni se las concibe lógicamente incorporadas a la vida nacional donde

los productores estacionados, requieren todavía grandes extensiones de tierra para vivir una vida semiprimitiva.

Se ha ensayado el profesionalismo y la especialización, sin obtener un resultado eficaz, ni proporcionado a las erogaciones que esas iniciativas demandan. La antigua Escuela Nacional de Artes y Oficios ha fracasado por un triple vicio constitucional: «falsa orientación de la enseñanza», que tiende a formar profesionales más bien que obreros conscientes; «el internato», que reduce a una cifra exigua de alumnos la acción del enseñamiento, y le quita a éste la saludable influencia de la propaganda que va ejerciendo el alumno, en forma latente, cuando está en contacto con la sociedad, y, por último, «forma errónea de selección» en el reclutamiento de los alumnos, por la que no se busca a los más aptos, más disciplinados y más deseosos de aprender, como debiera hacerse dentro de un régimen de internato limitado. Las especializaciones han resultado, quizá, prematuras. No hay ambiente preparado aún, para que ellas puedan producir los efectos vigorosos que se esperaban. Para ello habría sido necesario que se hallaran preconstituídas formas empeñosas de producción, ávidas de consejo técnico para intensificar y mejorar la acción, no ya obreros expertos, capaces de secundarla. Es por esto que entre nosotros tales instituciones no se han podido identificar con la conciencia pública ni con la vida nacional, como ocurre en Norte América, por ejemplo, donde constituyen una fuerza moral eficaz, que el pueblo apoya resueltamente.

El plan general de la instrucción pública, si bien es avanzado y ha prestado importantes servicios, no basta para llenar los fines integrales de la nación, ni lo pretende, porque es de naturaleza y de efectos principalmente teóricos. Es indispensable, pues, llenar la necesidad «primordial» de producir riqueza, que es angular en la sociedad. ¿Qué puede hacer el «teórico», que no sea enrolarse en las filas de los burócratas, o en la de los «intermediarios» que viven sirviendo de algún modo, es verdad, pero siempre a expensas del productor? ¿Qué puede producir el que jamás ejerció su

ingenio en el sentido de transformar y utilizar las riquezas naturales? De esta laguna deriva la empleomania, con sus tentáculos insaciables, y las diversas formas del proletariado intelectual, el que resulta ser un elemento de desequilibrio en la economía pública, precisamente porque es un evolucionado mental, «subjetivo», simplemente, el que exige formas superiores de convivencia y la incorporación de refinamientos, sin aportar más nada que su «aspiración». Es de este modo que se congestiona la capital y que se demandan grandes comodidades, y hasta lujos urbanos, al mismo tiempo que los rurales permanecen casi inertes, acentuándose así la dificultad financiera, de día en día; es de este modo que América ha dejado tan pronto de ser «América», y que en vez de explotar y usufructuar sus superabundantes, inmensurables riquezas, se aplica, inquieta, a estudiar «el expediente» financiero.

Sólo cuando enseñemos también a producir, podremos realizar fácilmente nuestros sueños y aspiraciones legítimas de engrandecimiento.

Montevideo, Marzo de 1915.

Pedro Figari.

ÍNDICE

Plan de Organización de la Enseñanza Industrial

PRIMERA PARTE

	<u>Página</u>
I — Mediante una educación apropiada, este pueblo puede producir como cualquier otro de la tierra	4
II — El esfuerzo lo determinan las necesidades y las aspiraciones	9
III — Al ensayar las vías productoras en su multiplicidad, se descubrirán los cauces más seguros de la prosperidad industrial	11
IV — Ahorrar sobre los gastos reproductivos es empobrecerse	14
V — Sin una conciencia productora propia, no es dable esperar el éxito	17
VI — Sin el ingenio no puede prosperar la industria.	20
VII — Debe aprovecharse de la virginidad americana como de un tesoro	23
VIII — Por el solo hecho de producir en un sentido autóctono, se duplica el valor y la entidad de nuestra producción	26

PARTE SEGUNDA

IX — Principios generales a que debe ajustarse la enseñanza	33
X — No es la escuela, sino el maestro, quien enseña	37
XI — La obra educacional acentuará sus efectos por el informe, así como por la experimentación y la divulgación de sus resultados	45

	<u>Página</u>
XII — Todos, de una u otra manera efectiva, deben concurrir al sostenimiento del Estado y a facilitar la evolución nacional	49
XIII — Dentro de un sabio régimen social, nada que pueda ser utilizado debe abandonarse	56
XIV — El estímulo social es lo que más puede determinar un mejoramiento en la vida rural	59
XV — Algunas consideraciones complementarias y transitorias, para concluir	62
N.º 1. — Apéndice: Lo que era y lo que es la Escuela de Artes	69
N.º 2. — Apéndice: Antecedentes de la reforma.	82
Al lector	88
Suelto de «El Siglo»	89
Reportaje al doctor Figari.	91
Memorandum provisional: lo que debe hacerse.	100
Fundamentos del plan	106

